



AÑO II.

Madrid, 16 de Agosto de 1877.

NÚM. 18.

DIRECTOR:  
EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

REDACCION:  
calle de Villanueva, 6, cuarto.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año..... 20 pesetas.  
Seis meses..... 11 »  
Tres..... 6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año..... 25 francos.  
Seis meses..... 14 »  
Tres..... 8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año..... 8 pesos fuertes.  
Seis meses..... 4,50 »  
Tres..... 2,50 »

ADMINISTRACION:

CARRETAS, 12, PRINCIPAL, MADRID,

á donde se dirigirán los pedidos  
de suscripciones.

SUMARIO.

Carreras de caballos en Valencia, por D. Victor Navarro. — Abonos, por J. A. A. — Al tiro de pichon de Madrid, por un Madrileño entusiasta del tiro de pichon. — Pasarse de listo, novela, por D. J. Valera. — Las viñas de Jerez, por D. José Luis Alvareda. — Fisiología de corral: gallináceas, por F. B. N. — La urraca, por C. T. — Caballos, por Eduardo Costello. — La fresa, por F. B. Navaro. — Revista del extranjero, por D. Federico Díez de Tejada. — Noticias generales. — Bibliografía. — Noticias de la sociedad. — Nociones de Jardinería. — Mercado de Madrid. — Cuadrado de palabras. — Anuncios.

CARRERAS DE CABALLOS EN VALENCIA.

Uno de los numerosos alicientes con que se ha procurado atraer forasteros á la reciente feria de Valencia ha sido el de las carreras de caballos al estilo del país; mas los que no conociendo lo que es este estilo, hayan tenido que formar concepto de lo que él sea por lo que en la Alameda de dicha ciudad se ha visto, pobre idea habrán podido adquirir de los usos y costumbres de este pintoresco país, donde aún se conservan vivas las tradiciones de los árabes que por tanto tiempo la dominaron y enriquecieron.

Entre las aficiones que á sus descendientes legaron es una de las que más fielmente guardan éstos la afición á los caballos, en lo que, por otra parte, tienen el principal instrumento de su trabajo, así como su más importante capital las clases ménos acomodadas.

El labrador de la Huerta de Valencia, sobre todo, vive en íntima union con su *haca*, que es lo que, por punto general, poseen, siendo raros los caballos de alzada. Esta estrecha union, legítima reminiscencia árabe, la expresó gráficamente uno de los poetas valencianos más aplaudidos en su país y fuera de él. Liern, en una de sus graciosas piezas bilingües titulada *De Femater á Lacayo*, en la que el protagonista dice con extremada propiedad:

«No ha tingut mes companyia,  
Ni mes amistat que l' haca.»

La habitacion característica de la Huerta es la *barraca*, vivienda construida con tierra amasada y techada con pajas largas sobre un tinglado de madera, y que con poquísimo coste, aunque de deleznable existencia, proporciona morada á la familia, muchas veces numerosa, del infatigable y laboriosísimo agricultor valenciano. No obstante la extrema pobreza de estas familias, que sólo pueden subsistir á merced de un trabajo ímprobo é incesante y observando una sobriedad, aún entre españoles,

ejemplar, son estas casitas lo más limpias y risueñas que pueda darse, y entre el verde follaje que las rodea y ampara contra los rayos abrasadores del sol de aquella zona, destácase la nítida blancura de sus paredes, en las que nunca dejan su sucia huella, por muchas horas, ni el agua, ni el polvo, pues el diligente esmero de la pulcra labradora acude al remedio con periódicos blanqueos. En estas *barracas* en que generalmente se encuentra dividida el área en un pequeño dormitorio y alguna otra pieza, se halla también con frecuencia el sitio destinado al caballo, que sólo le ocupa por la noche, y por el día, cuando llueve mucho. Durante el verano, y aún en los meses del mal llamado invierno de este clima, el caballo descansa á la puerta de la barraca, atado á una reja y enfrente de un pesebre portátil, ó debajo de la corpulenta higuera, compañera inseparable de la barraca, á la que protege con su amplio y compacto follaje.

Aunque muy en pequeño, el labrador de la Huerta abraza todos los ramos de la Agricultura y extiende su industria á todos ellos, auxiliándose con todos los productos reunidos para cubrir sus atenciones, y principalmente para atender al pago del arriendo de la tierra, que es lo que más le atosiga. Aves de corral, corderos, tal cual cabeza de ganado vacuno ó de cerda constituyen también parte de la modesta explotación, que abraza también para los más pudientes la recría de potros, obtenida á veces con muy buenos resultados.

Las excursiones que los tratantes hacen por los campos y pueblos, más especialmente por la extensa comarca que riega el Júcar y se llama la Ribera, suelen ser muy fecundas, y alguna vez se encuentran caballos de gran precio que se venden con mucha ventaja.

Aunque sale tal cual caballo de silla, lo más general es destinarlos al tiro, para el que, con bastante habilidad, los adiestran los mismos aficionados. Además de las ventas que hacen sobre el terreno los tratantes, hay mercados especiales de caballerías que se celebran todos los juéves en el llamado Llano del Remedio, á las puertas de la ciudad; y para los procedentes de la Ribera, los miércoles en la importante villa de Alcira, capital, por decirlo así, de la Ribera baja, y á la que circunda el rico y caudaloso Júcar como un foso inexpugnable. En épocas determinadas hay además ferias en otras localidades importantes, como Játiva, donde se celebra el 15 de Agosto, y en ellas se verifican importantes transacciones de este género.

El empleo que los labradores dan á los caballos no sólo es el propio de la agricultura, pues muchos de aquéllos que habitan la region costera del Grao y Cabañal, cuando llega el verano, y con él la temporada de los baños, se convierten en tartaneros y se dedican á hacer continuos viajes de Valencia al mar y vice-versa, alquilando por asientos sus *airosos* y ligerísimos vehiculos.

Es preciso ver el movimiento y la animacion que durante esta época hay en el camino del Grao para tener de él exacta idea. El ferro-carril que trasporta á millares á los viajeros en aquella corta línea, el tramvia recientemente establecido no han logrado con su competencia hacer decrecer el movimiento de que sacan tanta utilidad los tartaneros. En este servicio es donde el atento observador descubre los mejores caballos, si no de estampa, de otras condiciones más positivas, así españoles como extranjeros: pero como los ponen al trabajo ántes de los tres años, y ese trabajo es durísimo, llegan á estar de desecho á la edad en que debieran tener todo su vigor. Mas no se crea por esto que los tartaneros sean descuidados con sus bestias, pues conocen perfectamente todos los recursos utilizables para la conservacion de las mismas, y no sólo los conducen con inteligente prevision, sino que una vez desenganchados les prodigan todo género de cuidados, y sobre todo una buena alimentacion.

Los que sirven exclusivamente para el trabajo agrícola son ménos afortunados en cuanto al pienso y á la limpieza. Como las explotaciones de la Huerta son siempre en pequeña escala, pues la propiedad y el arrendamiento se hallan sumamente divididos, el trabajo del caballo no sería constante sino se le emplease en el acarreo de abonos, medio por el cual, al mismo tiempo que se conserva limpia y aseada la más pulcra de las ciudades españolas, se obtiene con notable economia para el colono uno de los primordiales elementos de la agricultura.

A este acarreo se dedican los hijos de los labradores cuando, niños, no pueden aún entregarse á las rudas faenas de aquel cultivo, y los *fematers*, tipo genuino de la Huerta, son los que más al vivo representan las costumbres árabes. Cuando hace pocos años Valencia estaba aún circuida de murallas, y por la noche se cerraban con extraordinario cuidado, como si hubiese ejércitos moros á la vista, sus siete macizas puertas, uno de los espectáculos curiosos que podían ofrecerse era el ver cómo al amanecer se reunían en expectacion de la apertura to-

dos los *fematers* de la Huerta y los carros de legumbres y hortalizas para el abastecimiento del mercado; y cómo en aquel momento mismo en que el llavero abría las anchas hojas se precipitaban como un torrente desbordado para llegar los primeros al sitio á donde todos se dirigían.

El caballo del *femater* no lleva brida, ni serreta, ni nada que le gobierne, en realidad; una sencilla cabezada, muchas veces de cuerda de esparto, con una media muserola de correa, que tiene dos anillas, el ronزال, que hace las veces de brida atándose á una de ellas y pasando por la otra, hace de barbada. Otros llevan lo que en el país se llama *guindales* y en Castilla *rastrillos*, que son una especie de serreta-barbada, ó sea una serreta formada de dos partes iguales unidas por un eslabon y se coloca como barbada, pero no tan sujeta como ésta, sino atada á la anilla derecha del cabezon y al ronزال que pasa por la anilla izquierda, con lo que, dando movimiento á éste, se manda el caballo con más ó menos energía y precisión.

Una miserable *enjalma* sujeta por una cincha de esparto y encima una *sarria* ó seron plegado y completamente suelto constituyen el aparejo. Como en él no hay estribo, ni cosa que lo valga, el jinete se encarama sobre su montura de un modo original, que sin duda se conserva tradicionalmente desde el tiempo de los moros. Ya no se pone el caballero perfilado á la izquierda del caballo, sino detras de éste y de frente á la grupa; no hace de las crines su punto de apoyo, sino que dando vueltas con las cerdas de la cola á uno de los pies, hace de ella estribo, se apoya ligeramente en los corvejones, y con las manos en las ancas da un salto y se encuentra cabalero, medio en cuclillas, sobre aquel inseguro arreo. Pasma, sin embargo, la seguridad con que estos jinetes soportan los más violentos aires del animal, los botes, las huidas, saltos y escapadas. Difícil es describir esta posición á caballo, de que no se ha ocupado ningun autor y que se burla de cuantas reglas para la equitacion se han dictado hasta la fecha. Para que se tenga una ligera idea del sistema, dirémos que el punto de apoyo principal lo constituyen las piernas, desde el pié que se afianza con fuerza sobre la *sarria* hasta las rodillas puestas en línea casi horizontal con el muslo; sobre los talones, ó poco ménos, descansan los huesos isquiones que, en buena escuela, debían posar sobre la silla, y el cuerpo, cuya organizada rectitud tanto recomiendan los maestros, llevan los *fematers* encorvado hácia adelante, aumentando esta inclinacion progresivamente con la violencia de la carrera. Tambien con mucha frecuencia y con igual desembarazo suelen ir estos jinetes montados á mujeriegas, con tanta seguridad como pudieran dar á los antiguos las sillas á la jineta.

El labrador valenciano cifra todo su orgullo en las buenas condiciones de su caballo, y ninguna le merece tanto aprecio como la velocidad; hace de ella alarde en cuantas ocasiones se le presentan, y son frecuentes las apuestas que con este motivo se cruzan entre los competidores. Obedeciendo á esta afición, y tomando un rumbo errado, en buenos principios, suelen ser muy estimados los caballos de andadura, y para enseñarla á los potros usan de extraños artificios. En suma, su entusiasmo por esta materia es tal, que muchas veces corren sus caballos, no por alcanzar un lucro, ni adquirir un premio, sino, como dicen ellos mismos muy expresivamente: *por la honra de los animales*.

Generalmente estas carreras se hacen sin preparacion alguna, de improviso, con los aparejos ordinarios ó sin ellos, en cualquier terreno y áun sin igualar las condiciones de las bestias, pues la confianza en el triunfo suele ser tal, que se juzga inútil todo ese, para ellos, lujo de precauciones. Tambien son comunes las carreras de caballos enganchados á carros ligeros ó tartanas, y en ellas no se sabe qué admirar más, si la ligereza y fuerza de los cuadrúpedos, ó el temerario valor de los que se aventuran en tan peligroso ejercicio, que con facilidad puede tener por término un vuelco de fatales consecuencias.

Dando culto á esta afición, apénas hay fiesta de pueblo en que no se verifiquen *corridas* de caballos, como por ellos se dice, pero con un carácter mucho más solemne que las de que acabamos de hablar. Es el hipódromo, por lo general, un sitio á propósito, destinado al efecto por antigua costumbre, y que en algunas partes se denomina *la*

*cosa*. En otras es un trozo de carretera, ancho, llano y de bastante extension, para que la carrera tenga lucimiento. En muchos pueblos, en fin, es la calle Mayor, las más de las veces de terreno desigual, mal empedrada y siempre peligrosa pista.

Los premios, ofrecidos comunmente por el Ayuntamiento, suelen consistir en pañuelos de seda ó pita de colores brillantes, y que á imitacion del morisco turbante, sirven para tocar la cabeza los hombres; en ricas fajas, aterciopelados cortes de chaleco ú otra prenda por el estilo. Estos premios, que en el país se llaman *chòyes*, de donde viene el dar á la fiesta el nombre de *correr la chòya*, se colocan en el extremo de una pica ó asta, á la puerta de la casa de la Villa, ó bien se tiende de una cuerda atravesada á conveniente altura, de lado á lado de la calle, para que así puedan contemplarla á su sabor los contendientes y alentarse para la lucha.

Ni faltan en estas carreras los *stewards* ó jueces del campo, pues la primera autoridad local asiste al certámen, y ella misma, haciendo *starter*, da la señal de partida. Tampoco falta su parte de *training* ó *entraînement*, pues á los caballos se les somete á cierta preparacion por medio de los piensos y de cierto descanso, haciéndoles el *trial* de los ingleses ó *galop d'essai* de los franceses, y consiste en hacerles recorrer previamente el terreno en que han de luchar para que tengan cabal conocimiento de los accidentes de la pista, que suelen ser casi siempre los más ocasionados á *asombros* y percances graves.

En el día y hora señalados sale de la casa de la Villa la autoridad que ha de presidir las carreras, precedida de los clásicos *tabalet* y *donsajna*, y de cada una de las *chòyes*, que enarbolada en senda pica,

Al aire desplegada va ligera.

Una turba de alegres rapazuelos trisca y alborota en derredor, y sigue en pos muchedumbre no escasa que acude al campo de carreras con tanta ansiedad y afán como los de la que inunda la llanura de Epsom el día del Derby.

En la *cosa*, ó como si dijéramos sobre el *turf*, hay ya reunido gran gentío, que saluda con aclamaciones de júbilo los alegres trinos de la dulzaina y la aparicion de la comitiva.

Los caballos y los *jockeys* de zaragüelles tambien esperan allí para organizarse en parejas, que es como se corren los premios, y crúzanse al mismo tiempo las apuestas, que ni esto falta en estas carreras, anteriores con mucho á su establecimiento reglamentado en otros países.

El público se aparta á uno y otro lado del hipódromo, en virtud de órdenes superiores, y la ansiedad se ve pintada en todos los semblantes.

Hay jinetes que tienen casi por oficio el correr estos caballos, y su mérito no tanto consiste en la seguridad á caballo, que es en ellos casi ingénita, como en los artificios de que se valen para impedir la victoria del contrario. Esto no impide que el mismo dueño, ó algun aficionado, corra por sí mismo, *gentleman-rider*, su caballo. Sea como quiera, lo que más caracteriza estas carreras es el hecho de ser montados los caballos en pelo, tan completamente en pelo, que hasta la cabezada se les quita para correr. Los jinetes no usan botas ni espuelas, pero manejan sus corceles con una simple vara, á imitacion de los mancebos de la Lybia, la antigua Massilya y otros países de la antigüedad, de quienes dice nuestro Lucano:

*Et gens quæ nudo Massilya dorso  
Ora levi flectit franorum nescia virga.*

Los audaces jinetes de que me ocupo llevan atado á cada muñeca un látigo ó flexible vara, con los que incensantemente hostigan al animal, cuyo ardor excitan ademas con salvajes gritos.

Es imposible que el árabe del desierto haga más prodigios de salvaje destreza que nuestros corredores de caballos, quienes sin estribos, sin sillas y sin bridas, sin sujetarse más que con piernas y talones al vientre del animal, y sobre un terreno muy peligroso, se lanzan en vertiginosa carrera á salvar cuantos obstáculos se les presentan.

Dada la señal de partida, sale como un rayo la pareja de corceles, y el público curioso, olvidando las recientes prescripciones, se precipita sobre la

pista para ver llegar á los corredores, y la compacta multitud sólo se abre en el preciso momento de su paso, para cerrarse inmediatamente despues ávida de las peripecias que suelen ocurrir.

Ya hemos dicho la manera de correr los *jockeys* de los pueblos de Valencia; pero áun podemos señalar un extraño modo que en ocasiones suelen utilizar, y consiste en montarse con la cara hácia la grupa del caballo, sobre la cual van sacudiendo sus látigos, sin cuidarse del camino que sigue el animal, ni de los obstáculos que puedan presentársele y ocasionarle acaso una muerte segura; para estos seres primitivos no existe el peligro.

Si un caballo lleva á mitad de la carrera conocida ventaja sobre su contrario, el jinete del rezagado se echa sobre el más ligero, y procura distraerle en su carrera, azotándole en la cabeza ó por medio de algun otro expediente tan suave como éste que le sugiere su práctica y su inventiva. Otras veces, perdida ya la esperanza en la victoria, se arroja el jinete al suelo para valerse del pretexto de una caída é invalidar la carrera. Este procedimiento es ménos peligroso de lo que parece, pues entre los jinetes de esta especie es muy comun parar los caballos desbocados, apeándose sin soltar la brida asidos á la crin y sujetándoles los hollares con la otra mano, con lo que, estorbada ó dificultada cuando ménos la respiracion, ceden los caballos ó se paran. Otro medio para alcanzar el mismo resultado consiste en inclinarse sobre el cuello y taparles los ojos con ambas manos. Por extraordinarios que parezcan estos procedimientos, son, sin embargo, los usados las más de las veces en los casos de apuro.

La partida de las parejas, así como la llegada del vencedor á la meta, se señalan por los toques de la dulzaina y tamboril, y el vencedor vuelve á recorrer al galope toda la extension de la pista, llevando ya el premio atado por una punta á las crines de la cruz, recibiendo á su paso las aclamaciones del público.

Como se ve, la organizacion de las carreras de caballos no es en Valencia precisamente la misma que tienen las dirigidas por el *Jockey-Club* de Londres ó la *Societé d'Encouragement* de Paris, organizacion y sociedades perfectamente desconocidas, podemos asegurarlo, para los hijos del Júcar y del Turia, y repetimos que lo que haya en las corridas de caballos que se verifican en las fértiles comarcas regadas por estos rios, que pueda semejar al *Horse-Racing*, es mucho más antiguo que esta institucion.

Esta es la pálida descripcion de lo que son los caballos y las carreras en la provincia de Valencia; y si se pregunta qué parecido á ellas han presentado las últimamente verificadas en la Alameda, casi podrémos contestar que nada. Escogido por *cosa* este hermoso paseo, se señaló para pista una parte tan limitada que vendria á ser su mitad próximamente, y siendo así que en recorrerlo todo él al paso tarda un caballo de cinco á seis minutos, claro es que la mitad de esta distancia es extension muy corta para que luzca sus bríos un buen caballo, sucediendo que cuando llegan á entrar en calor era precisamente cuando alcanzaban la meta, dándose tambien el caso de que haya salido vencedor un caballo que no habria podido seguir corriendo cinco minutos más, siendo su cansancio tan evidente, que todos los espectadores comprendieron la poca gloria que habia alcanzado con el premio.

Ha habido ademas muy poca animacion de corredores, y casi puede decirse que no ha habido verdaderas carreras; la direccion ha sido bastante des acertada, como ha demostrado, entre otras muchas circunstancias, el sensible accidente que ha costado la vida á dos buenos caballos y ha estado á pique de ocasionarla á los dos jinetes respectivos.

Las carreras de caballos *urbanas*, como hace tiempo se intenta plantear en Valencia, nunca tendrán verdadera animacion si no se forma una sociedad que las organice y proteja, si no se fomenta la afición á ellas, si no se procura, en fin, ponerlas de moda. Los premios que se ofrecen poco ó ningun aliciente ofrecen para los corredores de otros pueblos, ni áun los del campo, y ademas para todos existe el inconveniente de que desconocen por completo las condiciones de sus contrarios, lo que les retrae, como es natural, de tomar parte

en la lucha, no teniendo caballos de raza que posean un mérito especial, y si puede llamarse así, absoluto, ni adiestrados exclusivamente para el efecto.

Si en las pequeñas localidades es tan fácil encontrar corredores, es porque todos se conocen y saben poco más ó ménos lo que pueden hacer los caballos de los demas, y el amor propio les hace juzgar superiores los propios, animándoles á aventurarse en la prueba pública. Allí se trata de un mérito relativo, circunscrito á los caballos de la localidad; pero ¿cómo ha de haber quien tenga la pretension en todo el reino de Valencia de poseer un caballo de carrera que pueda disputar el premio á todo otro caballo desconocido que se presente?

Esto, no obstante, los esfuerzos de la Comision de la feria de Valencia para sostener viva la afición á las corridas de caballos y salvar esa tradicion provincial que está amagada de inminente olvido, son laudables, y nosotros, al aplaudirlos, nos creemos en el caso de aconsejarle que dé mejor direccion á su iniciativa y organice, como en otras partes se ha hecho, una sociedad de aficionados, ya que en Valencia los hay muchos y buenos, que se proponga el fomento de la raza caballar valenciana y la celebracion de carreras periódicas bien organizadas y con premios ó recompensas que alcancen á estimular á los propietarios y corredores.

Valencia, 5 de Agosto.

VÍCTOR NAVARRO.

### ABONOS.

#### III.

El estiércol.—El labrador valenciano.—Diferentes medios para aumentar el estercolero.—Plantas enterradas en verde.—Formacion y cuidados del estercolero.—Rotacion de cultivos.—Animales de establo.

«El estercolero de labrador es el tipo de los abonos completos, pues que en él se hallan reunidos en justa proporcion el ázoe, el carbono y el principio mineral.»

Con esta conclusion, tomada de M. Malaguti, terminamos nuestro anterior artículo, y en ella se funda el presente, que tiene por objeto aconsejar á los agricultores que prefieran el estiércol á todo otro abono, así como á indicarles los medios de que pueden valerse para aumentar la cantidad, sin perjuicio de la calidad.

Parécenos que el aumento y la mejora del estiércol es la verdadera cuestion que hay que resolver; pues, por lo demas, nadie, que sepamos, se ha atrevido á negar que el buen estiércol es el único abono completo, y que abonando con él frecuentemente un terreno, obra á la vez como alimento y como enmienda.

Dice el Sr. Utor que el estiércol es insuficiente, es decir, escaso en cantidad; mas eso consiste, en nuestro concepto, en que no en todas partes utilizan los labradores todo lo que tienen á su disposicion y lo que pueden proporcionarse á poca costa.

¿Qué se hace, por ejemplo, de esa inmensa cantidad de estiércol de establo, de desperdicios vegetales, de restos animales, de cenizas, de basura y barreduras de todas clases que diariamente se extrae de Madrid, y cuya extraccion cuesta dinero (y no será poco) á la Municipalidad?

Mientras esa verdadera riqueza se pierde, no sabemos dónde, vemos á la capital de España rodeada de un terreno casi yermo, donde da lástima ver el centeno, la cebada y la algarroba que en algunos trozos suele aventurarse, y de que muchas veces se recoge ménos fruto que el que se sembró.

Confesemos ingenuamente que no conocemos las prácticas agrícolas que en esta parte se observan en las diferentes comarcas de España; pero casi tenemos la seguridad de que en pocas provincias se preocupan los labradores tanto y tan seriamente como en Valencia del abono de tierras, y, por consiguiente, allí es donde se ha estudiado la manera de obtener estiércol en abundancia con que luchar con la medianísima calidad del terreno; ni tampoco en otros sitios se obliga á la tierra de condiciones iguales á la de Valencia á producir tanto y con tanta lozanía.

Por consiguiente, con lo que hemos observado y estudiado en la práctica de los labradores valen-

cianos, podemos dar una leccion para preparar estercoleros suficientes y ricos en elementos nutritivos.

El aprendizaje del labrador valenciano es el oficio de *femater*. Desde los ocho ó nueve años de edad, con una espuerta al hombro y un azadoncito en la mano, discurren los niños por los caminos recogiendo los excrementos de caballerías, el polvo y todo lo que puede servir para abono de tierras, y cuando tienen suficiente carga van á su barraca ó alquería á depositarla en el monton, volviendo sin detenerse á su tarea durante las horas que les han señalado sus padres.

Los adultos entran en las primeras horas de la mañana en la ciudad, con una caballería aparejada con sera, la espuerta, el pequeño azadon y una escobilla. Antes de correr á cargo de no sabemos qué establecimiento de Beneficencia, el barrido de las calles lo ejecutaban los *fematers*, provistos de las competentes licencias, cuya expedicion constituia un arbitrio no despreciable de la Municipalidad, y ademas, como entónces, van ahora diariamente á las habitaciones donde están parroquiados á recoger la basura de la cocina y del barrido del cuarto, que se les reserva en el depósito aparejado al efecto. Cuando hay que sacar el estiércol de algun establo, acuden con carro, que llevan lleno de paja para el nuevo lecho de las caballerías, ademas de pagar un tanto, que ordinariamente es de 20 rs. al mes por cada caballo.

La ciudad, pues, suministra á la huerta cantidad muy considerable de estiércol, en la cual están mezcladas infinidad de materias vegetales y animales, junto con polvo y ceniza y hasta con muchas sustancias minerales; pero, como es claro, esto no basta para las necesidades de una tierra que está en continua actividad sin el menor descanso, y hé aquí los medios de que se valen los labradores para aumentar su estercolero.

Cada uno, segun la cantidad de tierra que cultiva, ademas de tener sus caballerías de labor, compra en las ferias uno ó más novillos, dos ó más corderos y otros tantos cerdos; los cria y engorda con las hierbas que nacen espontáneamente en los ribazos, acequias y regatas, con los desperdicios de los frutos del campo, caña y ballesta de maíz, paja de trigo, de habas, etc., y con frutos que destina á este fin, grano de maíz, calabazas, patatas, alfalfa, etc. Las deyecciones sólidas y líquidas de esos animales, junto con el lecho de paja, que se renueva con frecuencia, van á aumentar el estercolero sin más gravámen que un poco de trabajo material; pues por lo demas, las reses de matadero que crían les rinden una ganancia, no pequeña, al venderlas á los proveedores de carnes.

Toda casa y toda alquería tiene su corral, en el que se crían aves y conejos, que rinden producto en dinero y en estiércol.

Junto á la misma orilla de las acequias ó del cauce del rio, cavan una zanja ó balsa prolongada que llaman *fanguera*, paralela á la corriente, con boquetes de comunicacion en ambos extremos. En las avenidas, así de tormentas de verano como de los temporales de invierno, entrando el agua turbia por el boquete superior y saliendo por el inferior, va depositando en aquel remanso la tierra, los detritus vegetales, los despojos animales y todas las materias sólidas que arrastran las aguas de los montes; y cuando la *fanguera* está llena ó poco ménos, se saca de ella aquel limo y se lleva al estercolero.

Con la conveniente frecuencia se mondan las acequias, y las mondaduras son tan ricas para abono como los depósitos de las *fangueras*.

A los derribos de edificios, así como á los vertederos donde se abandonan los escombros, acuden siempre los labradores á cargar terrones de argamasa, que luego trituran en menudos pedazos y agregan al estercolero, siendo éste el medio ménos expuesto de abonar con cal.

Los que cultivan tierras en que domina el principio arcilloso, cuidan de adicionar á su estercolero algunas capas de arena, que acarrearán del cauce del rio.

En determinadas épocas se subasta la limpia ó monda de la acequia del valladar, que arrastra fuera de Valencia todas las aguas inmundas, abono que utiliza la huerta de Ruzafa, por donde corre aquel canal. En todos los pueblos, alquerías y barracas se utilizan tambien los excrementos hu-

manos mezclados ya con paja, ya con arena, segun las localidades.

Y, por último, en los pueblos que distan de la capital más de dos leguas, tiene cada vecino, en el corral de su casa, una balsa cavada en el suelo, tan grande como la capacidad de aquél consiente, que llenan de paja y cierta cantidad de agua. A esa balsa se echan todas las barreduras y desperdicios de la casa, las aguas de fregar y de las ro-cadas, etc., etc., y á ella tambien concurren las deyecciones líquidas de los animales del establo que no absorbe su lecho, por medio de un reguero practicado desde la parte más baja de la caballeriza; de suerte que, mezclada la paja y otros despojos vegetales con sustancias azoadas, forma un estiércol artificial, abundante en carbonato de amoniaco y provisto de las sales necesarias para el alimento de las plantas; abono casi completo.

De esta suerte, en Valencia nada se pierde de lo que puede servir de abono á la tierra, y las aguas del rio y de las diferentes acequias que desembocan directamente en el mar, van de ordinario casi puras, porque se tiene gran cuidado de que no roben á la tierra lo que ella necesita para sí.

Si en todas partes se sigue el ejemplo de la provincia, ó mejor dicho, del reino de Valencia, abundará el estiércol completo, ó cuando ménos bastará á las necesidades de la agricultura; mas como las circunstancias de las diversas localidades suelen ofrecer diferencias entre sí, vamos á indicar la importancia de muchas materias que, por lo general, se desprecian y tienen, sin embargo, gran valor como abono, es decir, vamos á continuar tratando de los abonos naturales de la tierra.

Dijimos en nuestro último artículo que las plantas de habas ú otras leguminosas enterradas en verde ó en ceniza eran un abono muy propio para la caña de azúcar y demas vegetales sacarinos; y ahora añadimos que esta práctica es utilísima á toda clase de cultivos; que las leguminosas enterradas en verde son abono tan eficaz, como que empleado con insistencia puede hasta hacer productivo un suelo completamente estéril. Para ello deben cortarse y enterrarse dichas plantas ántes de que florezcan, pues en este estado no sólo restituyen á la tierra lo que de ella tomaron, sino ademas lo que las suministró el agua, el aire y la atmósfera.

No todas las hojas secas que caen de los árboles y arbustos por otoño se convierten en mantillo, pues la mayor parte de ellas son arrastradas por los vientos propios de la estacion, y, por tanto, conviene recogerlas y enterrarlas en los estercoleros recientes ó en las balsas de corral, así como toda planta que se arranque y no tenga otro uso más útil.

En los sitios donde hay pantanos, sobre todo en las inmediaciones del mar, tienen los labradores otro recurso en las turbas producidas por la descomposicion de las plantas debajo del agua, que suelen encontrarse mezcladas con margas originadas por las conchas que se han ido depositando allí.

El serrin de madera, la cebada cocida de las fábricas de cerveza, la pulpa de la manzana en las de sidra, el orujo y la raspa de la uva, ningun desperdicio del reino vegetal ni del animal es despreciable para el estercolero.

El agua de las balsas de curar cáñamo, ó lino ó esparto, en vez de soltarse á la acequia ó dejar que se evapore envenenando el aire, debe servir para regar los estercoleros, pues contiene gran cantidad de carbono, ázoe y oxígeno.

Las cenizas de todas clases, hayan ó no servido para otros usos, son en extremo útiles, pues contiene diferentes carbonatos salinos y son muy ricas en fosfatos, segun Mr. Crussard.

El hollin de chimenea, analizado por Bracconet, contiene ulmina, carbonato de cal con vestigios de magnesia; sulfato de cal, acetato de potasa, fosfato ferruginoso de cal, sílice, acetato de magnesia, cloruro de potasio y acetato de amoniaco.

El carbon animal, residuo de las refinaciones de azúcar ó de cualquiera otra industria, así como el vírgen, es excelente para enriquecer un estercolero; pues, como ya dijimos, no consiste su virtud en el ázoe que le prestan las operaciones fabriles, sino en la proporcion de las diversas sustancias, toda vez que contiene 74 por 100 de fosfato de cal, 1,20 de ázoe y 12 de carbono y materia orgánica.

Los huesos contienen el 30 por 100 de ázoe, el 60 de sustancias salinas en que predomina el fosfato de cal, y el 10 de grasa, siendo, por consiguiente, de gran precio para el abono mezclados con el estiércol. La descomposición de los huesos en la tierra es muy lenta, y por lo mismo es duradera su acción. Conviene, sin embargo, triturarlos en menudos pedazos, y si ser puede en polvo grosero, para lo cual se usa de varios medios, y cada labrador debe adoptar aquel que le sea más fácil y económico.

Los cultivadores que habitan próximos al mar tienen otro recurso para aumentar su estercolero en las algas, que con otras plantas marinas depositan las olas en la orilla, y en las conchas que suelen acompañar á aquéllas.

Dichas plantas se descomponen fácilmente enterradas en tierra ó en el estercolero, y contienen ázoe, cloruro de sodio y de potasio y sulfato de potasa.

En la provincia de Alicante hemos visto acarrear las algas á dos y más leguas de la costa para abono; pero los labradores de Valencia la repugnan, y la única razón que para ello les hemos oído es que los vientos de tierra vuelven á llevar al mar lo que de él se trajo. Así lo creeríamos nosotros si se dejase el alga libre sobre el suelo, pero si se la entera en el estiércol vemos difícil que los vientos la arrebatan. En último resultado, se la puede quemar y aprovechar sus cenizas.

Las conchas machacadas son muy propias, por su naturaleza cretácea, para enriquecer el estercolero en propiedades fecundizantes.

En una palabra, el labrador entendido y trabajador que nada desprecia de lo que puede servir para el estercolero, provenga del reino animal, vegetal ó mineral, está seguro de que no le ha de faltar abono suficiente y de la mejor calidad, porque mezclando paja, hojas, hierbas, cenizas y todo despojo vegetal con sustancias animales en cantidad proporcionada, reunirá su estiércol el ázoe, el carbono y las materias fijas minerales que constituyen un abono completo.

El agricultor inteligente ó muy práctico sabe bien la manera de disponer sus estercoleros ó montones de estiércol. Sabe que éstos, según el volumen y según la extensión del terreno que cultiva, deben ser dos ó más, para ir gastando el más antiguo y dar lugar al reciente ó recientes á que fermenten; porque el estiércol viejo es mucho más eficaz que el fresco ó á medio fermentar; y saben también que si en alguna ocasión hay absoluta necesidad de usar un estiércol reciente, debe mezclarse con cal, que acelera la descomposición de la materia orgánica. Esta mezcla debe hacerse con cierta medida, y no se hará en manera alguna cuando haya que aplicar el abono á tierra en que domine el elemento calcáreo, pues de lo contrario recibiría el campo más daño que beneficios.

Conviene mucho que los estercoleros se formen sobre suelo firme, y si es posible pavimentado de ladrillo para que no embeba el líquido que destila naturalmente, ó por efecto de riegos ó lluvias, líquido que debe ir á parar á un pequeño depósito construido expresamente y cubierto de tablas para sacarle de allí y regar con él el estercolero, cuando hay cantidad bastante de aquél y esté algo seco el segundo.

Es de gran utilidad alternar los lechos de estiércol que van sobreponiéndose para formar el montón, con capas de arcilla si no hay barro de *fanqueiras*, y cuando esté completo el estercolero, cubrir su cima con arcilla amasada: lo primero, porque la propiedad absorbente que tienen las arcillas evita la evaporación; y lo segundo, para que las aguas de lluvia no penetren demasiado la masa del estiércol.

Acerca de si el estercolero debe estar al raso ó á cubierto, encontramos divergencia de opiniones en los libros de agricultura; pero atendiendo á que para que fermente y se descomponga la materia orgánica se necesita el concurso del aire, de la humedad y del calor; y siguiendo nuestra costumbre de preferir las enseñanzas bien comprobadas de la práctica á las teorías de la ciencia, bien que siempre respetando esta última, no titubeamos en aconsejar que se tengan los estercoleros al raso, sin temor al sol ni á la lluvia, como se acostumbra generalmente, y en particular en todo el reino de Valencia, con muy buen resultado.

En tiempo ó comarcas secas, á falta de lluvias es necesario regar de vez en cuando el estercolero que se está formando para que no le falte la humedad necesaria á la fermentación, y ganará bastante si se le riega con agua del mar, con tal de que el terreno que se cultiva sea arcilloso ó calcáreo.

Y, finalmente, cuando se calcula que ha acabado de fermentar, ó poco menos, un estercolero, se le revuelve con el tridente, mezclando bien todas sus partes, después de lo cual se deja reposar de nuevo para que complete su fermentación.

Útil es decir, pues, que en ello están absolutamente conformes todos los autores y todos los labradores que no basta abonar bien las tierras, ni darles las labores oportunas para que produzcan, sino que además es indispensable establecer y observar rigurosamente la rotación ó alternativa de cosechas; mas, por cuanto los labradores no conocen generalmente los fundamentos de esta ley, no será inoportuno, pues sólo con ellos hablamos, explicárselos.

«Todos saben, dice Mr. Mauny de Mornay, director que fué de agricultura en Francia en 1865, y autor de varias obras de incontestable mérito, que las diferentes especies de vegetales cultivados no esquilman el suelo de la misma manera.... Hay entre los vegetales algunos que son esquiladores, no sólo de distinta manera, sino también en proporciones diversas. Las plantas cuyo fruto se deja madurar, toman del suelo mayor cantidad de partes nutritivas que las que se recolectan antes de la madurez. Hay también otras distinciones entre los vegetales; unos no reciben más cultivo que el que precede á la siembra ó plantación, mientras que á otros se les está cultivando durante toda su vegetación; ciertas plantas, por su follaje ancho y espeso, ahogan las malas hierbas, al paso que otros, de hojas escasas y estrechas, las dejan crecer y fructificar. De suerte que es de absoluta necesidad la alternativa de cultivos, haciendo suceder á las plantas esquiladoras las que no lo son, y á los vegetales que *ensucian la tierra* las que exigen mucho cultivo ó las que matan las malas hierbas.»

Mr. Basset demuestra la necesidad de la rotación en los siguientes términos:

«Una tierra repuesta por el abono en el máximo de riqueza relativa, no puede dar lugar á constantes cosechas de una misma planta. Los principios particulares necesarios á cada vegetal, y sobre todo las sales minerales, se agotan con bastante prontitud para precisarnos á alternar los cultivos.

»En efecto, puede contener un suelo los principios alimenticios, propiamente dichos, necesarios á todas las plantas en general, y quedar momentáneamente empobrecido en principios minerales solubles que tal ó cual especie apetece con cierta predilección.

»Las influencias generales, la acción del aire, de las lluvias, etc., ponen en estado solubles las sales que se encuentran en estado insoluble, bajo muy diversas formas. Si se deja, pues, un campo en reposo, es decir, sin obligarle á producir la planta que le ha empobrecido, las labores y las acciones de que acabamos de hablar bastarán á reconstituir el suelo en un estado químico muy semejante al estado primitivo....

»Hoy sabe la ciencia agrícola que una tierra empobrecida de sales minerales útiles á determinada planta, contiene aún las que son necesarias á otras especies. De esta noción, apoyada en el análisis químico, deriva la posibilidad de reemplazar una planta por otra de apetencia diferente, de modo que nunca se le exija á la tierra dos cosechas sucesivas de vegetales que tengan las mismas necesidades. Durante cierta sucesión de cultivos distintos, calculados con inteligencia, el suelo, sin dejar de producir abundantemente, descansa de unas con las otras, y al cabo de algún tiempo pueden reaparecer las primeras sobre el terreno que estaba empobrecido por ellas, y ha tenido tiempo para reconstituir los principios que había perdido.»

Hay más. En el Sr. Blanco y Fernandez hallamos lo siguiente:

«Dijimos poco há que las raíces de las plantas no sólo absorben por dichos órganos una parte de las sustancias que asimilan, si también exudan,

secretan ó eliminan porción considerable de flúidos (verdaderas deyecciones fecales) inútiles, por tal concepto, para alimentar plantas de la misma especie. La naturaleza de dichos productos varía mucho según la calidad de plantas que las producen; en unas, como papaveráceas, chicoreáceas y euforbias, son pigoras ó resinosos que, maleando el terreno, son muy perjudiciales á varios cultivos; en otras ofrecen sabor dulce y aspecto gomoso, por lo cual mejoran la tierra y son sumamente útiles á muchas plantas, pero de diversa tribu, que las toman con avidez en pro de su incremento y productos consiguientes.»

Hemos tocado la cuestión de rotación de cultivos, porque á pesar de que realmente es extraña á la de abonos, se da la mano con ella, puesto que en ambas se trata la manera de alimentar las plantas sin agotar las fuerzas productivas del terreno; pero aquí hacemos punto, puesto que ni los límites de un artículo nos permiten extendernos sobre la mejor manera de ejecutar la rotación, ni es necesario cuando no se halla obra de agricultura que no contenga reglas bastante detalladas; y aún sin conocer esas reglas, casi todos los labradores, alocionados por la experiencia y la observación, saben á qué atenerse en esta parte.

Por la misma razón que nos ha inducido á hablar de la rotación de cultivos, no terminaremos este humilde trabajo sin decir dos palabras acerca de la cría de animales de establo, lo que, bajo el punto de vista de los abonos, forma parte importantísima de la agricultura.

Ya hemos dicho que en la provincia de Valencia es muy común, casi general entre los labradores, comprar becerros, corderos y cerdos; criarlos y cebarlos para el matadero ó para los proveedores y especuladores en carnes, y quisieramos que nuestro consejo fuera bastante eficaz para persuadir á todos los labradores de España de la conveniencia que hay para ellos en imitar aquella sapientísima práctica, y en dedicar alguna parte de sus campos á producir alimentos nutritivos para el ganado, así como á no economizar la paja en los lechos del establo. Tengan presente que la tierra les da las plantas cuyos despojos y detritus son la parte más esencial de los abonos; que los animales con sus deyecciones les dan el ázoe y el amoniaco; que las sales se encuentran á la vez en los lechos y las deyecciones, y que de la mezcla de todo esto resulta el humus por la descomposición fermentativa del estercolero.

¿Qué sacrificio puede hacerse en la cría de animales de establo que no recompensen ellos mismos con largueza?

El animal, fabricante de un abono irremplazable, con que alimenta las plantas en gran parte, nos suministra también carne para comer, pelo ó lana para vestir, sebo para diferentes usos, y cuero para infinitas industrias, sin contar con el aprovechamiento de todos los despojos, tripas, astas, huesos, etc., de que también saca partido el hombre.

Todas esas partes constituyen el valor del animal cuando el labrador lo vende, pudiendo antes haber obtenido lucro con la leche de las vacas y ovejas, siendo de advertir que cuanto mejor se haya alimentado al ganado, más abundante y excelente habrá sido el estiércol producido por él y mayor también el precio que en venta produzca al labrador.

Oigan, pues, los labradores este consejo, no de un hombre científico, sino de un hombre de experiencia que ha estudiado sobre el terreno, ha leído y ha comparado sin pasión.

La agricultura estriba en el trabajo del cultivador: entre las labores de éste, la más importante es procurarse estiércol bien preparado; su más eficaz auxiliar á este fin es el ganado, y la rotación de cultivos el complemento de la gestión del hombre. Lo demás espérenlo de la Providencia, cuyo ojo paternal vela de continuo sobre su propia obra.

J. A. A.

#### AL TIRO DE PICHON DE MADRID.

¡Madriños! De lo alto de la punta del Diamante, cuarenta siglos os contemplan.

... y la victoria fué de Sevilla por 9 pájaros sobre Jerez y 17 sobre Madrid.

Con estas ó semejantes palabras terminaba la Revista, publicada por este periódico, de la competencia que tuvo lugar esta primavera en la primera de las ciudades y entre los Tiros de Pichon de las tres.

Esto lei, y si bien como *gato* deploré la derrota sufrida por mis paisanos, no pudo ménos de sonreírme la esperanza de que un par de números despues divulgara EL CAMPO la noticia de un nuevo concurso en el hipódromo de la Real Casa de Campo, en que Madrid buscara la revancha de la derrota de Tablada. No sucedió así. Por más que hojeaba el periódico que ha venido á llenar con su aparición el inmenso vacío que rodeaba al *Sport* en nuestro suelo, no encontraba la noticia que, cual bueno, tanto anhelaba.

Pasó San Isidro, época á propósito para ello; llegó la Canícula, y nada. Mis risueñas esperanzas se desvanecieron por completo.

Y no se crea que yo pretendía que cupiese á Madrid la suerte de Sevilla y á un *gato* la del Marqués de Alentós; sólo aspiraba á que lavase en parte el borron echado á orillas del Guadalquivir, en las del raquíto Manzanáres. Y que no era absurda mi pretección, voy á demostrarlo. Por de pronto, los diez tiradores de Madrid hubiesen sido otros tantos señores que se supiese con certeza podían matar un 50 por 100, y nunca se hubiese tenido que recurrir á individuos que no tenían en el libro de tiro ni 30 pájaros tirados, y de éstos ciertamente ninguno á 26 metros, distancia á que debían tirar por primera vez en una competencia. Lo cierto es, que en este caso se encontraban lo ménos tres, que entraron á reemplazar á otros tantos que, nombrados para ir á luchar en nombre de la Côte, se llamaron *andana* á última hora. Los conozco y sé sus nombres, que callo en su obsequio. ¿Cómo había yo de esperar que los Sres. Duque de Tamames, Soriano, Udaeta, y sobre todo Carton de Famillereux, pudiesen hacerlo otra vez en su vida tan mal como lo hicieron en Tablada? Imposible. El sistema de jaulas, el terreno y el público, en fin, les eran familiares.

¿Por qué, pues, no buscaban la venganza? ¿Acaso temían la repetida? No lo quiero creer de ellos. Si fuere así, que se inspiren en la conducta de sus amigos los sevillanos, que no una sino más veces, fueron vencidos y siempre han vuelto á la pelea con más ahinco cada vez.

¿Carecen de elementos para poner en escena con el aparato que requiere una función de esta especie? No y mil veces no. Cuentan con más que todas las Sociedades de este género en la Península.

Por de pronto, tienen en caja una cantidad que por sí sola puede sufragar los gastos que originaren. Obtendrían, estoy seguro, premios que serían de todos codiciados y que harían la competencia interesantísima. El Presidente honorario ofrecería uno, por el cual todos lucharían con denuedo por venir de sus angustias manos.

La Sociedad de Caza está en el deber de ofrecer otro, hoy más que nunca que lo es á caballo y á tiro; porque debe tener en cuenta que el día, no lejano, en que se establezcan las carreras de caballos, el Tiro de Pichon corresponderá á su desprendimiento y dará uno para los señores de dicha Sociedad que corran con sus caballos de caza, bien sea *course plate de hais* ó *steep*.

Hay más; otra sociedad ó club debiera ofrecer otro, pero creo difícil el obtenerlo, y no porque sus arcas no estén repletas, pero trata de construir una casa para su uso, y aunque se fundó para el *sport*, de lo que á él concierne no conserva más que el nombre.

La base principal de estas reuniones es sabido: la *piña* de competencia, con la adición de la rifa de escopetas; no habría más que copiar el programa de las que se verifican en Sevilla y Jerez, y verificada, cual en el casino jerezano y sevillano, la rifa en los salones de la sociedad á que anteriormente he aludido, podría ascender á una cantidad muy bonita para embolsada, puesto que rivalizaría con los premios de Mónaco ó Niza.

Con estos premios, créame el Tiro de Pichon de Madrid, la competencia sería digna de la corte de España. Y tenga entendido que sería de gran utilidad para la Sociedad por quien ese día todos los que somos entusiastas del *sport* en todos sus ramos, acudiríamos á presenciar la lucha, y dejó á su

consideración si entraría dinero en su caja. Además avivaría la afición de los muchos que aún no han ido ó van poco, dando mayor animación á las tiradas y sendas pesetas á Tesorería.

Me objetarán esos señores que la instalación deja mucho que desear para recibir cual se merecen los socios de Lisboa, Sevilla, Jerez y Málaga: es verdad, pero ¿por qué no han de ser modestos al par que precavidos? ¿Van ahora á construir un *chalet* cuando mañana tal vez puedan utilizar las tribunas que se construyan para las carreras (que por más que discurran algunos de los que á toda costa quieren establecerlas, no tienen más remedio que hacer el hipódromo ó donde ya estuvo ó pasado el arroyo, pero siempre en la Casa de Campo, y de lo contrario no tendríamos, para mengua de Madrid, este *sport*), como está establecido en Sevilla Jerez y Málaga? Esto sería absurdo. Sé que el proyecto existe, y ejecutado nada ménos que por el distinguido arquitecto Sr. Villajos; pero ante esta idea deben desistir de toda edificación que no sea muy económica, aún á riesgo de la belleza, y sobre todo, susceptible de trasportarse á otro punto con mucha facilidad.

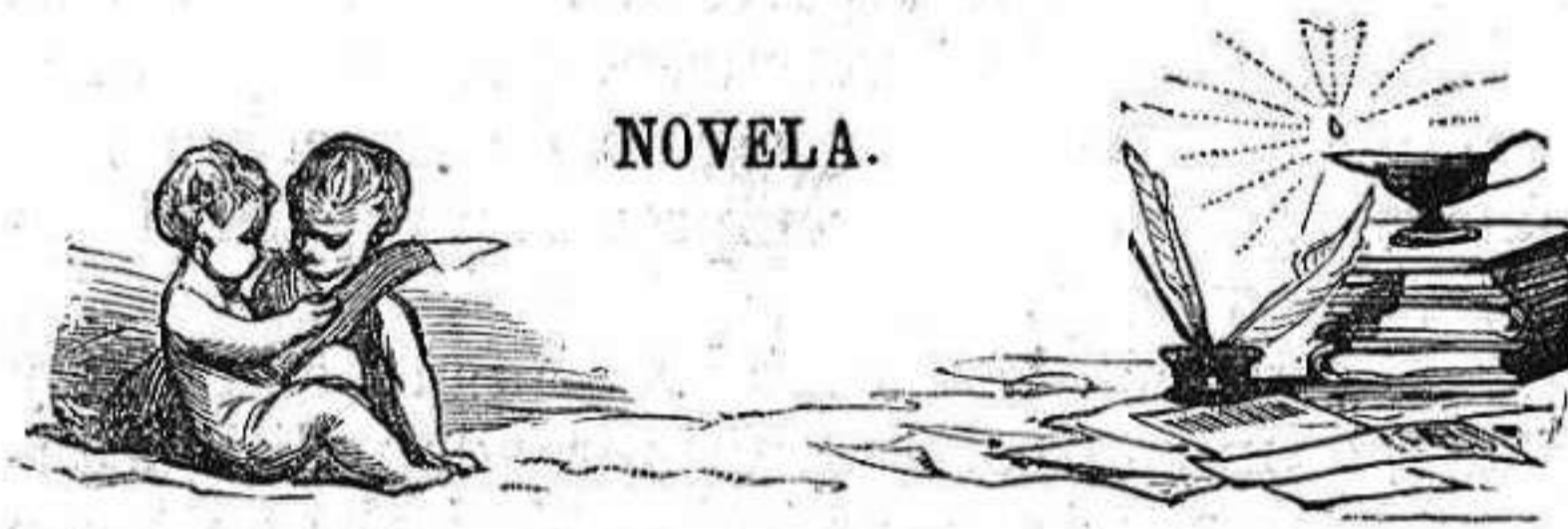
La maquinaria de las jaulas tengo entendido ya funcionará en las primeras tiradas que se verifiquen, y según se me ha asegurado, por el modelo de Sevilla y construida por el mismo ingeniero mecánico Sr. Grasso.

¿Á qué aguardan pues? ¿Qué les falta?

Se lo voy á decir, aunque se enfaden. Decisión y valor para llevar con paciencia otra paliza. No titubeen. El Otoño con su agradable temperatura se aproxima á pasos agigantados. Lisboa, Sevilla, Jerez y la novel Málaga aguardan nuestro reto. Jerez y Sevilla os dieron palabra de venir, y espero la cumplirán. ¿Por qué no han de concurrir las otras dos para que se puede llamar «gran competencia ibérica»? Todo lo espero de la amabilidad de esos señores.

Realicen de una vez el pensamiento y tengan en cuenta la parodia de las célebres palabras del gran Napoleón, que se ha permitido hacer

Un madrileño entusiasta del Tiro de Pichon.



NOVELA.

PASARSE DE LISTO.

I.

Toda persona elegante que se respeta debe ir á veranear. Es una ordinareiz quedarse en Madrid el verano.

Lo más tónico es ir á algunas aguas en Alemania ó Francia; pasar luego una temporada á la orilla del mar en Biarritz, en Trouville, ó en Brighton, y acabar el verano, antes de volver á esta villa y corte, en algun magnífico *château*, ó cosa por el estilo, que debemos poseer, si es posible, en tierra extraña, y cuando no, aunque esto es ménos *comm'il faut*, en nuestra propia tierra española.

Tal es el supremo ideal aristocrático á que aspiramos todos en lo tocante á veraneo. Para realizarle totalmente se ofrecen no pocos obstáculos. Lo más comun es no tener *château*, ni algo que remotamente se le asemeje, ni en la Península, ni en la vasta extensión del continente europeo; pero esta falta se suplir ó se disimula si poseemos una casa de campo, una casería, ó un cortijo, lo cual, hablando en francés, puede calificarse de *château*, sin gran escrúpulo de conciencia.

Todavía, sin embargo, ocurre muy á menudo que la familia elegante, ó con humos de elegante, carece de hogar de donde los humos procedan, esto es, no tiene ni siquiera cortijo. Si le tiene algun amigo ó pariente, la familia puede aprovecharse de la amistad ó del parentesco. Si de ningún modo hay ni cortijo, se suprime la parte meramente rústica, y se limita el veraneo á la parte hidropática, dulce, salada, ó ambas cosas. Quiere esto significar que, no habiendo *château* ni cortijo donde pasar un mes, se emplea todo el tiempo en los baños, aunque nadie de la familia se bañe

nunca. Basta tomar las aguas por inhalación, respirando, pongo por caso, las brisas del Atlántico en el mencionado Biarritz, en San Juan de Luz, en San Sebastian, en Santander, ó en Deva.

Por último, si el afán de eclipsarse en estos meses de calor atribula demasiado, y la bolsa se halla tan escurrida, que no hay ni para ir á bañarse, ó á ver la mar en Motrico, se va el elegante ó la familia elegante á cualquier lugar de la Mancha, donde á veces lo llano y escueto y sin árboles ni matas del terreno imita la mar, y los cigarrones los cangrejos y peces, y allí se está tomando el fresco á todo su sabor, hasta que ya es la época y sazón oportuna de volver á Madrid sin infringir las leyes y liturgias del buen tono.

Hay familias, pero yo apenas si lo quiero creer, de quienes se asegura que por no infringir dichas leyes y liturgias, hacen como que se van de viaje, y con discreto y económico disimulo se quedan aquí, en reclusión severísima, sufriendo este linaje de martirio, para tener propicia á la deidad á quien rinden culto, que es la Moda.

Sea como sea, ya de veras, ya valiéndose de tretas y de recursos algo sofisticos, ello es el caso que en los meses de Julio, Agosto y Setiembre, apenas queda en Madrid persona conocida.

Las personas que quedan se dice, en estilo culto, que no son conocidas, para dar á entender que no son de la crema de la sociedad; de la flor y la nata. Por lo demas, harto conocidas suelen ser de los que se han ido, no pocos de los cuales cabe en los límites de lo verosímil, y á veces de lo probable, que les deban el dinero con que se fueron, ó el calzado ó la vestidura con que se engalanarán en los baños.

Tranquiliémonos, no obstante, y no compadecemos á las personas *no conocidas* que fiaron ó prestaron. Ya lo cobrarán, como es justo, incluyendo en el cobro todo lucro cesante y todo daño emergente. Más seguro lo tienen que con doña Baldomera.

En suma, y sin meternos en más averiguaciones, ni en honduras económicas ó crematísticas, Madrid en verano se queda sin su aristocracia, se queda como acéfalo, se queda como jardín sin sus más bellas flores, se queda como haza segada; parece un barbecho de distinción y de finura.

Yo lo siento y lo extraño. Madrid, desde que vino el Lozoya, ha ganado mucho, y no merece este abandono general, cuando no es verdaderamente necesario tomar aguas ó visitar la heredad ó hacienda propia, ó cuando no se posee bastante dinero para viajar por esos mundos como un nababo.

Aquí, en verano, digan lo que quieran los que no piensan como nosotros, no hace más calor que en Biarritz ó en San Sebastian: aquí, en verano, hay no pocas diversiones, más ó ménos inocentes, y no se emplea mal la vida.

Arderius y sus bufos son baratos y entretenidos. ¿En qué aguas se encontrará un teatro como el de Arderius? Es cierto que, desde hace poco, nos ha entrado un furor de moralidad, un púdico rubor, que todo lo condena y de todo se solivianta. Críticos y moralistas han levantado una cruzada contra los bufos. Pero los bufos seguirán triunfantes, á pesar de todas las disertaciones morales que contra ellos se fulminen. Les sucederá lo mismo que á los toros. Hasta se puede sostener que los bufos son más invencibles. Las razones que contra ellos se aducen son infinitamente ménos fundadas.

Sublime espectáculo, sin duda, es ver á un mozo gallardo, sin más defensa ni escudo que flotante velo rojo, vestido de seda, más aderezado para fiesta ó baile que para brava y terrible lucha, ponerse delante de irritada y poderosa fiera, llamarla á sí y darle muerte pronta, cayendo sobre ella con el agudo acero. Si, por desgracia, fuere el lidiador quien en aquel instante muriere, su muerte, ya que no moral, tendrá no poco de hermosa, y la compasión y el terror que causare estarán purificados por la belleza, de acuerdo con las reglas de la tragedia, escritas por el gran filósofo griego. Lo malo es que para llegar á este trance de la muerte tenemos que presenciar ántes el brutal, largo y rudo suplicio del noble animal destinado á morir; tenemos que ver acribillada su piel con pinchos y garfios, que se quedan colgando, si no se los arrancan con las túrdigas del pellejo; y tenemos que contemplar asimismo la inmundicia con que son tratados los infelices jamiel-

gos. Ellos sirven de diversion en las convulsiones y estertores de la agonía; derraman por la arena su sangre y sus entrañas; se pisan al andar el redondo y los sueltos intestinos, y andan, no obstante, á fuerza de los espolazos del picador, y en virtud de los palos que sacude en sus descarnados lomos un fiero ganapan, quien innoble y grotescamente va por detras dando aquella paliza, á fin de aumentar el dolor y sacar del dolor un resto de movimiento y de energia en un sér moribundo, que si no tiene pensamiento, tiene nervios y siente como nosotros. Con escenas tales no debiera haber tan duro corazon que á piedad no se moviese, ni sujeto de gusto artístico y de alguna elegancia de costumbres que no las repugnase por lo groseras y villanas, ni estómago de bronce que no sintiese todos los efectos del mareo.

En resolucion, la muerte del toro es bella, si el matador atina y no pasa de dar dos ó tres estocadas; pero, francamente (hablo con sinceridad; yo no soy declamador ni aficionado á sentimentalismos), lo que precede es abominable por cualquier lado que se mire.

Repetimos, á pesar de todo, que los toros seguirán. Nosotros mismos no nos atrevemos á pedir que se supriman, porque hay en ellos algo de poético y de nacional que nos agrada. Nos contentaríamos con ciertas reformas, si fueran posibles. Casi nos contentaríamos con que no muriesen caballos de tan desastrada y fea muerte.

En cuanto á los bufos, que, segun hemos dicho, tienen hoy más enemigos que los toros, ni reforma ni nada pedimos. Nos parecen bien como son. Casi no comprendemos la causa de la censura que de ellos se hace.

En primer lugar, los bufos son los bufos, y no son el sermón ó el jubileo. La madre que anhele conservar el tesoro de candor que hay en el alma de su hija, y hasta acrecentarle, llévela á cualquiera de las muchas iglesias que contiene Madrid, y no la lleve á oír las zarzuelas. Vayan sólo á los bufos, si tan malos son, los hombres curados de espanto, y aquellas mujeres, que no faltan, curtiditas ya en todo género de malicias, ó bien las que son tan inocentes que, si alguna malicia llegan á oír, no aciertan á entenderla.

Por otra parte, yo me atrevo á sostener que en la más desvergonzada zarzuela bufa no hay la quinta parte de los chistes primaverales ó verdosos que en muchas comedias de Tirso, que en muchos sainetes de D. Ramon de la Cruz, y que en muchas otras producciones dramáticas de nuestro gran teatro clásico.

El principal motivo de la censura contra los bufos procede de una curiosa manía que, desde hace pocos años, se ha apoderado de las inteligencias más sentenciosas. Los bufos vinieron de París; en los bufos suele bailarse el cancan; los bufos gustan en Francia; Francia ha sido vencida por Alemania en la última guerra; luégo los bufos, enervando y corrompiendo á la nacion, han tenido la culpa de la derrota. Esto se ha dicho ya en todos los tonos, y sobre esto se han escrito profundas disertaciones. A nadie, con todo, se le ha ocurrido declarar que en Alemania agradan los bufos más aún que en Francia, que en Alemania se pirran los hombres por el cancan, y que los que han vencido á los franceses no salian de zurrarse con unas disciplinas, sino de ver bailar el cancan ó de bailarles, cuando los vencieron.

En cuanto á que los bufos corrompen ó tiran á corromper el buen gusto literario, aún es más infundada la acusacion. ¿Pues qué, la música, mala ó buena, es incompatible con la discrecion, con el sentido comun, con el ingenio, con la gracia urbana y con otros requisitos y excelencias de que va ó pudiera ir adornada una fábula dramática? Si alguna fábula dramática de éstas ligeras, regocijadas ó bufas, carece de tales prendas, cúlpese singularmente al autor y á su obra, y no al género todo y á todos los autores. ¿Tiene más el público que silbarla? Y si el público no la silba, sino que la aplaude, y la zarzuela es tonta, esto probará la bondad del público. Denle algo ménos tonto, y lo aplaudirá más.

Y cuando no se da algo ménos tonto, crean los críticos que es porque no hay nada ménos tonto. Si lo hubiera, se daría.

Lo que acabamos de decir parece una perogrullada; pero reflexiónese bien, y se verá que no lo

es. El autor de zarzuelas es siempre autor dramático. Si escribe malas zarzuelas, peores dramas escribirá. El discurso del crítico que condena la zarzuela, despojado de tiquis-miquis, es éste: «Tu zarzuela es tonta y chabacana: escribe dramas y no escribas zarzuelas.» A lo que modestamente pudiera contestar el autor: «Si escribiendo zarzuelas, que son más fáciles y tienen ménos pretensiones, lo hago mal, ¿qué haré si me pongo á escribir dramas?»

La zarzuela, ademas, es una cosa, y otra cosa es un buen drama ó una buena comedia, y no se opone el que se escriban zarzuelas á que salgan á relucir nuevos Lopes y Calderones que escriban dramas magníficos.

Veo que me voy muy léjos con mi digresion. Volvamos al asunto de que quiero tratar aquí.

Decia yo que, en verano, aunque se van de Madrid las personas más elegantes, Madrid queda bastante animado y divertido.

El centro de la animacion, el principal hechizo de Madrid en verano, está en los Jardines del Buen-Retiro, de nueve á doce de la noche.

La historia que voy á referir empezó allí, hoy hace justamente dos años, á 9 de Agosto de 1875.

## II.

Era noche de grande entrada. Allí estaban casi todos los jóvenes periodistas, empleados y poetas; cuanta *cursi* hay en Madrid, esto es, todas las señoras y señoritas de poquísimo dinero que aspiran á ser notadas ó conocidas en la buena sociedad, ó dígase en la sociedad de más dinero, por mala que sea; muchas familias honradas de la clase media, sin otras aspiraciones que las de aspirar el aire fresco y distraerse un poco oyendo la música; las *suripantas* ó *heteras* de todos los grados y categorías, con tal de haberse encontrado poseedoras de una peseta á la hora de entrar; multitud de hombres políticos notables de los quince ó veinte partidos que hay en España; un centenar de generales; no pocos diputadas, senadores y ministros; y, por último, aquella parte del *beau monde* que aún no habia salido á veranear, que prometia salir, ó que se hallaba tan segura de su crédito de pudiente que no temia comprometerle pasando en Madrid un verano.

Todo este público, ó estaba sentado en sillas y bancos, formando corros, murmurando, politiqueando, coqueteando ó enamorándose, ó giraba en torno del kiosko, desde donde sonaba la música, dando vueltas y vueltas, aunque sea pérvida comparacion, como mulos de noria.

El jardín, como nadie ignora, es muy bonito; y, por la noche, iluminado con luces de gas veladas por globos de cristal blanco y opaco, parece mayor. Aquella iluminacion presta á los árboles y á la verde hierba y á las flores cierta vaguedad y hermosura. La animacion y el bullicio dan al conjunto superior agrado.

Las mujeres, cuando no las ciega la vanidad ó el prurito de distinguirse, van por lo comun bien vestidas. De cada veinte se puede afirmar que una, á lo más, y no es mucho, suele encomendarse al diablo para que la vista y la peine, por donde aparece en los Jardines hecha una tarasca; pero las otras diez y nueve van como Dios manda, unas de mantilla, otras de sombrero, y no pocas son muy guapas, sea como sea lo que lleven.

Lo único que, en general, pudiera censurarse aquella noche, y puede censurarse aún, en el traje de las mujeres, es lo largo de las colas. Para ir á pié á los jardines, y, aunque se vaya en coche, para pasear luégo á pié, es feísimo y sucio todo aquel aditamento de enagua blanca y de vestido que va arrastrando, llenándose de polvo, levantándole y esparciéndole en el aire, y barriendo, por último, cuanta inmundicia encuentra al paso. La cola no está bien sino para andar sobre limpias y mullidas alfombras, ó sobre mármol bruñido y lustroso, ó sobre preciosas y pulidas maderas, incrustadas en forma de primoroso mosaico. Para andar por las calles ó por el campo, donde suele haber lodo y quién sabe cuántas cosas peores, toda mujer de gusto debe prescindir de la cola. Algunas, aunque son las ménos, prescinden ya.

En la noche á que nos referimos iba declamando contra las colas un caballero, como de veinti-

ocho años, recién llegado de Alemania y de Francia, y de lo más elegante, atrevido y alegre que puede imaginarse. Rodeábanle é involuntariamente le admiraban y le reian las gracias otros cinco jóvenes de lo más atildado y encofetado de Madrid.

Nuestro declamador habia venido tan extemporáneamente para un negocio de su casa. Pensaba pasar en Madrid tres ó cuatro semanas á lo más, é irse á Biarritz en Setiembre.

Tenia fama de calavera; pero no de los calaveras víctimas y explotados, ni tampoco de los verdugos y explotadores. Aunque generoso, no solia prestar á los que se llaman amigos, ni habia tomado prestado de los usureros, y sabia contenerse cuando jugaba y perdia, y no se dejaba saquear de sus administradores, y llevaba en la memoria todas sus fincas, rentas y productos, y miraba por todo, y cuando daba era con su cuenta y razon y sin cegarse nunca por vanidad ó por afecto.

Este caballero poseia más de 15.000 duros al año; era soltero, andaluz, no tenía una sola deuda, y llevaba el título de Conde de Alhedín el alto.

Jamas habia querido estudiar ni seguir carrera ninguna. Era, sin embargo, curioso y despejado; habia leído muchas novelas y libros populares y amenos de toda clase de ciencias; y con esto, y con el trato del mundo, y los viajes por lo mejor de Europa, habia llegado á tener un espíritu bastante cultivado y que lo comprendia todo, si bien someramente.

Detestaba la política. Abominaba de los periódicos. Jamas tomaba uno en la mano sino para leer anuncios. Los acontecimientos públicos contemporáneos le fastidiaban, y no queria enterarse de ellos. Hallaba mil veces más poéticas las historias antiguas que las modernas, y le interesaban mucho más la caída de Sardanápalo que la de Napoleón III, y las fabulosas conquistas de Osiris que las del primer Napoleón.

No habia querido decidir consigo mismo si era realista ó republicano, liberal ó no liberal, partidario de esta constitucion ó de aquella.

En religion y en filosofía era ménos perezoso; pero, si en política era indiferente, en esto otro era vacilante. En aquello, poco le importaba no resolverse; en esto, á pesar suyo, no se resolvía.

Por lo demas, en cuanto tenía que hacer con lo práctico de su vida y de su conducta, el Conde de Alhedín tenía una filosofía propia, una doctrina determinada, una coleccion de principios que le servian de pauta y de norma para su conducta.

Réstame decir que este héroe, que pongo en campaña, era de mediana estatura, airoso, fuerte y ágil. Tiraba al florete como pocos, y con una pistola en la mano casi nadie se le adelantaba. Gran jinete y buen cazador, jamas habia presumido de torero. A lo que sí tuvo aficion, durante dos ó tres años de su juventud más temprana, fué á imitar á Leotard, y con tan buen éxito, que volaba por los aires, en los combinados trapecios, como si fuera brujo. No lo era, sin embargo, sino un lindo muchacho, moreno, con hermosos ojos, pelinegro y de retorcidos bigotes y bien peinada y reluciente barba.

Después de haber disertado contra las colas, refirió una serie de anécdotas, ocurridas á él, ó á algun conocido suyo, en los tierras extrañas de donde venia. Algunas de estas anécdotas eran de caza ó de equitacion; las más fueron de amores, hallando medio de divulgar sus triunfos y conquistas, que aparentaron creer ó creyeron sus interlocutores, ó mejor dicho, su auditorio, pues el Conde era de los muchos que, si bien hablan primorosamente, fatigan y ofenden á los ménos sufridos, monopolizando el uso de la palabra y no consintiendo, como vulgarmente se dice, que nadie meta baza ó cucharada sino ellos.

A pesar de este monopolio no se ha de negar que el Conde era divertido en su conversacion. Hablando, encantaba ó deslumbraba. Narraba como pocos, y con tal arte, que él mismo se creia la historia, aunque fuese mentira, y el auditorio solia creérsela tambien. Se diria que la imaginacion y la memoria eran en el Conde una sola y única facultad del alma.

Era petulante, pero con petulancia graciosa, jovial y dulce que á nadie ofendia. Sus finos modales y su simpática figura contribuian mucho á producir tan buen efecto.

Aquella noche le habia dado por denigrarlo todo.

Recordando á las princesas rusas, á las ladies inglesas, á las condesas alemanas, á las francesas del Faubourg Saint-Germain, y hasta á las griegas fanariotas que habia tratado con la mayor intimidad, iba sosteniendo que no valian un bledo todas las mujeres que se paseaban en aquel momento en los jardines.

—Apénas, decia, si de toda esta desdichada muchedumbre se podrá entresacar media docena que merezca una declaracion de amor.

Los amigos impugnaban tan cruel censura, y el Conde, para defenderse, sostenia su opinion con gracia y desenfado.

Conforme iba así disputando y paseando, advirtió de pronto que delante de él paseaban dos mujeres, pequeñitas ambas, esbeltas, jóvenes al parecer, aunque sólo de espaldas las veia, y que algo habian oido y seguian oyendo de su diatriba y de la disputa, porque de vez en cuando cuchicheaban y se reian, como si hicieran comentarios á la conversacion de los que venian detras.

No habia visto el Conde la cara de ninguna de aquellas dos mujeres. El traje de ellas nada tenia de notable para ojos vulgares y profanos. La una vestia de ligera seda negra y la otra un traje oscuro de pobre percal; las dos iban de mantilla. Habia, no obstante, tal pulcritud y aseo en todo el sér y hasta en el ambiente que circundaba y envolvía á aquellas mujeres, que sin atinar con la explicacion el Conde creyó sentir como una corriente magnética y se dió á imaginar que aquellas dos mujeres iban impugnando su aserto y que cualquiera de ellas se consideraba con sobrada razon un argumento vivo, fortísimo é irresistible, contra sus fátuas afirmaciones.

Advirtió el Conde además que ambas tenian bonito cuerpo y movimientos aiosos sin afectacion, y que llevaban la falda bastante recogida para que no se manchase ó empolvase torpemente en la arena y para que se pudiesen columbrar de vez en cuando piés menudos, afilados, altos de tarso y calzados con esmero de graciosos botinillos.

El deseo de verles la cara se hizo sentir en seguida en el ánimo del Conde; pero ellas, quizás sospechando aquel deseo, no volvian la cara, puede que á fin de contrariarle y de hacerle más vivo.

El Conde tuvo que caminar más de prisa y pasar delante de ellas para mirarlas. Entónces vió con grato asombro que ambas eran lindísimas. En el rostro iban declarando que eran hermanas. Se parecian con ese parecido que llamamos aire de familia, y eran, con todo, muy diferentes. La mayor de edad y menor de estatura, la del traje de seda, era trigueña, con ojos y pelo negros, labios colorados como una guinda y blanquísimos dientes, que mostraba riendo. La menor, la del vestido de percal, era bastante más alta; parecia tener cuatro ó cinco años menos que la otra; diez y ocho á lo más: era blanca y rubia, y con ojos azules, y propiamente semejava un ángel. No reia tanto como la mayor y se mostraba más seria y menos desenvuelta. Tenía singular expresion de dulzura, serenidad y apacible contentamiento.

Bien conoció el Conde que las para él desconocidas, ni eran de lo que llaman *la sociedad*, ni podian tampoco colocarse en ninguno de los grados de la jerarquía del *heterismo*.

Su mirada penetrante y experimentada conoció en seguida que eran ambas de la clase media, ó pobres ó muy modestas; que la morena debia de estar casada y que era soltera la rubia. Vió que nadie las acompañaba, y creyó notar que estaban apuradas y como arrepentidas de haber venido solas, y que, si por un lado les lisonjeaba el amor propio el haber llamado la atencion de tan desdeñoso galan, por otro, andaban recelosas, casi consternadas de aquel pequeño triunfo.

Entre los amigos del Conde los habia que se jactaban de conocer á todo Madrid, alto, bajo y mediano, con tal que perteneciesen las personas al sexo femenino. El Conde les preguntó quiénes eran aquellas muchachas. Todos las miraron y todos dijeron que no las conocian.

—Serán forasteras; añadió uno.

—Serán recién llegadas á Madrid; dijo otro.

—Deben de ser ó malagueñas ó sevillanas; exclamó un tercero.

—Sevillanas son; repuso el Conde. No me cabe la menor duda.

Entónces hizo un pomposo elogio de las sevillanas en general, con claras alusiones á las dos que iban delante y que por tales tenia, y habló en voz mucho más alta que la que habia empleado en la diatriba, á fin de que le oyesen ellas y sirviese su discurso como funcion de desagraciosos.

Pero las damas parecian temer los encomios y no las sátiras. No bien se oyeron encomiar apretaron el paso, y aprovechando un momento de confusion y bullicio, trataron de escabullirse.

El Conde tenia fija la vista en ellas. Siguió aquel movimiento; vió que se iban del jardin; y aprovechándose él tambien del bullicio, se separó de sus amigos, como si por acaso los perdiese, y tomó la misma calle de árboles por donde vió que las dos jóvenes se habian precipitado buscando la puerta del jardin.

Ridículo le parecia que hombre tan corrido como él corriese entónces desalado en pos de dos pobres chicas. No se juzgó Conde aristocrático y soberbio, sino estudiantillo novato ó alférez recién salido de la escuela. Mas á pesar de sus juiciosas reflexiones, el Conde fué en pos de aquellas mujeres, y hasta formó el propósito de hablarles en cuanto saliesen del jardin, á fin de que, en el caso de un sofion, que hartó le mereceria por su vulgar mala crianza, no le viesen sujetos que lo pudieran contar.

Al salir del jardin vió el Conde á su lacayo que iba á llamar al cochero para que se acercase con la victoria.

—¡Ramon! dijo el Conde, id á aguardarme á la puerta del Veloz-Club.

A poco la victoria partió.

El Conde siguió á pié á las dos mujeres.

Dos ó tres veces se acercó á ellas y quiso hablarlas. Las miró, se encaró con ellas, casi las detuvo; pero hallaba tan feo, tan plebeyo, tan de mala educacion, abusar así de que van solas dos mujeres, y perseguirlas y querer hablar con ellas, que se contuvo, y no las habló.

En medio de estas vacilaciones, las dos mujeres vieron pasar un coche vacío. Se apoderaron de él rápidamente, dieron la direccion al cochero, le pagaron adelantado y doble para que picase, y salieron como escapadas, subiendo por la calle de Alcalá y entrando luego por la del Turco.

El Conde quiso seguir las, pero su coche habia ido á parar al Veloz, y coches de alquiler no parecian.

Quedóse, pues, nuestro héroe parado como un bobo á la altura de la fuente de la Cibéles y burlándose de sí propio por la serie de tonterías y chiquilladas que acababa de hacer.

¿Quién sabe si serian algunas costurerillas, algunas profesoras de primera enseñanza que habian venido á oposiciones, ó algo no menos *cursi*, aquellas dos que le habian hecho hacer lo que no hizo jamas ni por reinas y emperatrices?

J. VALERA.

#### LAS VIÑAS DE JEREZ.

La observacion más vulgar demuestra que los sitios en que el cultivo de la vid predomina, están, por lo comun, más adelantados, y que los hombres de campo que trabajan en viñas se creen poseedores de una superioridad intelectual que, por otra parte, no le disputan cuantos se dedican á las demas faenas de la Agricultura.

Uno de los lugares donde más de relieve se pone esta superioridad en España es, sin duda, en los términos de Jerez, el Puerto de Santa María y Sanlúcar de Barrameda, en cuyos fértiles contornos se cria el famoso vino que de antiguo lleva el nombre de la primera de estas tres ciudades, sin duda por la riqueza, extension y calidad de los viñedos que la rodean.

El considerable número de viñas que pueblan los alrededores de Jerez, el Puerto y Sanlúcar, da un risueño aspecto á aquellos campos, menos ricos hoy que en épocas recientes, por razones que apuntaremos en el desenvolvimiento de este ligero trabajo.

Las tierras en que están plantadas dichas viñas se dividen en tres clases, distinguiéndose la primera por una superficie blanca, la cual contiene mucha parte de cal, y que se llama *albariza*; la segunda se compone de un terreno ne-

gruzco, en cuyos cimientos se encuentra bastante parte caliza tambien, y la tercera está formada de una especie de polvo colorado, á que se le da el nombre de *barro*.

Las viñas de Jerez están en toda su fuerza y vigor de doce á cincuenta años. En los cuatro primeros nada producen, y desde el quinto año, que comienzan á dar algun fruto, hasta los diez, que llegan, por lo comun, á su completo desarrollo, se consideran *majuelos*.

Escogido el sitio en que se quiere plantar una viña, se comienza por darle una labor, que consiste en romper toda la tierra con el azadon hasta una mediá vara de profundidad, y despues, con vara y cuarta de intervalo cuadrado, se hacen barrenos que profundicen cinco cuartas tambien, á fin de que el sarmiento que en cada uno de ellos se coloque quede bien plantado, echándole al pié la cantidad de estiércol que la calidad del terreno exija.

Las viñas de Jerez se cultivan con tal esmero, que apénas hay mes del año que no haya en ellas trabajadores. Dedicanse los meses de Enero y Febrero á la reposicion de las vides perdidas, que se hace ó plantando un sarmiento nuevo en el sitio que ocupaba la cepa inútil, ó hendiendo una vara de la planta inmediata, si ésta goza de la robustez y extension para ello necesarias. En uno y otro caso, la que ha de ser nueva vid se coloca tambien en un cajon formado en la tierra, de las mismas cinco cuartas de profundidad de que hemos hablado ántes.

En Marzo se lleva á efecto la *cava á llano*. En Abril la *castra* y *recastra*, que consiste en limpiar la planta de las hojas que pudieran perjudicar á su general desarrollo. La *recastra* tiene por objeto repetir, cuando es necesario, esta misma operacion.

Realízase el *golpe lleno* á principios de Mayo. La *bina* y levantar el fruto, en Junio, lo cual se hace por medio de horquillas de caña, que sostienen las varas que por el excesivo peso de su abundante fruto están rendidas sobre la tierra.

En Julio se recorre de nuevo el terreno para inspeccionar y volver á colocar bien las ramas que estén caidas, faena que se conoce con el nombre de *rebina*.

En Noviembre y Diciembre tiene lugar la poda y la *cava de piletas* ó *á lomo*, con el objeto de sujetar las primeras aguas.

El mes de Agosto es el único libre de labor para dejar madurar el fruto. La recoleccion de éste se hace en el mes de Setiembre.

Por término medio, una buena viña tiene de extension cincuenta aranzadas de tierra, tipo que tomamos por base para dar á nuestros lectores una imperfecta idea de estos plantíos que tan justa fama alcanzan ya en Europa.

Cada aranzada contiene de 1.800 á 2.000 cepas, separadas unas de otras, como ántes hemos dicho, por vara y cuarta de terreno, por lo que una viña de cincuenta aranzadas contiene de noventa á cien mil plantas.

El gasto del año en una finca de estas dimensiones es próximamente 50.000 reales, ó lo que es lo mismo, 1.000 reales por aranzada, aparte el coste de vendimia, el cual andará al rededor de 10.000 reales, no habiendo para qué consignar que los jornales, en cumplimiento de una ley económica comun, suben ó bajan de precio con relacion al de los mostos, y que el de éstos aumenta ó disminuye, segun la abundancia ó escasez del fruto que lo produce.

Toda viña de cierta importancia tiene un bonito caserío, con más ó menos lujo y comodidades, en relacion á la fortuna de su propietario, y sobre todo en armonía con la aficion que aquél tenga á los negocios y placeres del campo, pero sin carecer ninguno de las dimensiones y configuracion precisas para satisfacer las exigencias de la recoleccion y del cultivo.

Prescindiendo de las habitaciones destinadas á los señores (nombre que, por lo comun, dan los jornaleros á los propietarios y sus familias), cada casa de viña contiene en el piso bajo un gran salon, morada de los trabajadores, con una cocina ó fogarín, con el doble objeto de preparar la comida de éstos todo el año y calentar la habitacion en invierno. Chimenea de espaciosa campana da salida al humo y renueva continuamente la atmósfera de aquel extenso aposento. Contiene además un cuarto para el capataz ó encargado de la viña, otro para el ca-

sero, y por lo ménos una *Sala de lagares*, que muchas veces tiene por cubierta una elegante arcada. La extensión de dicha sala está en proporción con la importancia de la finca, pudiéndose calcular un lagar por cada diez aranzadas de viña; la mayor parte de estos edificios están dotados, además, de su correspondiente bodega para guardar la cosecha, ó parte de ella, hasta el mes de Enero. Muchas viñas tienen otras habitaciones de desahogo, y no pocas un pequeño Oratorio, en que se celebra con gran devoción el Santo Sacrificio de la Misa los días que prescribe la Iglesia, y habitaciones cómodas, y hasta elegantes, en que pasan la temporada de vendimia la familia, y que son punto de reunión de amigos y parientes durante esta época del año. Delante de la casa, ó al costado de ella, se encuen-

tra siempre un cuadrilátero, ya terrizo, ya empedrado, que se llama *almijar*, capaz de contener la uva que antes de caer en el lagar ha de solearse. Raro es el *almijar* que no está rodeado de verjas ó de asientos, detrás de las cuales suelen cultivarse con esmero en ariates primorosamente formados, rosas, adalias, jazmines y matizados suspiros, que florecen en la época de la vendimia.

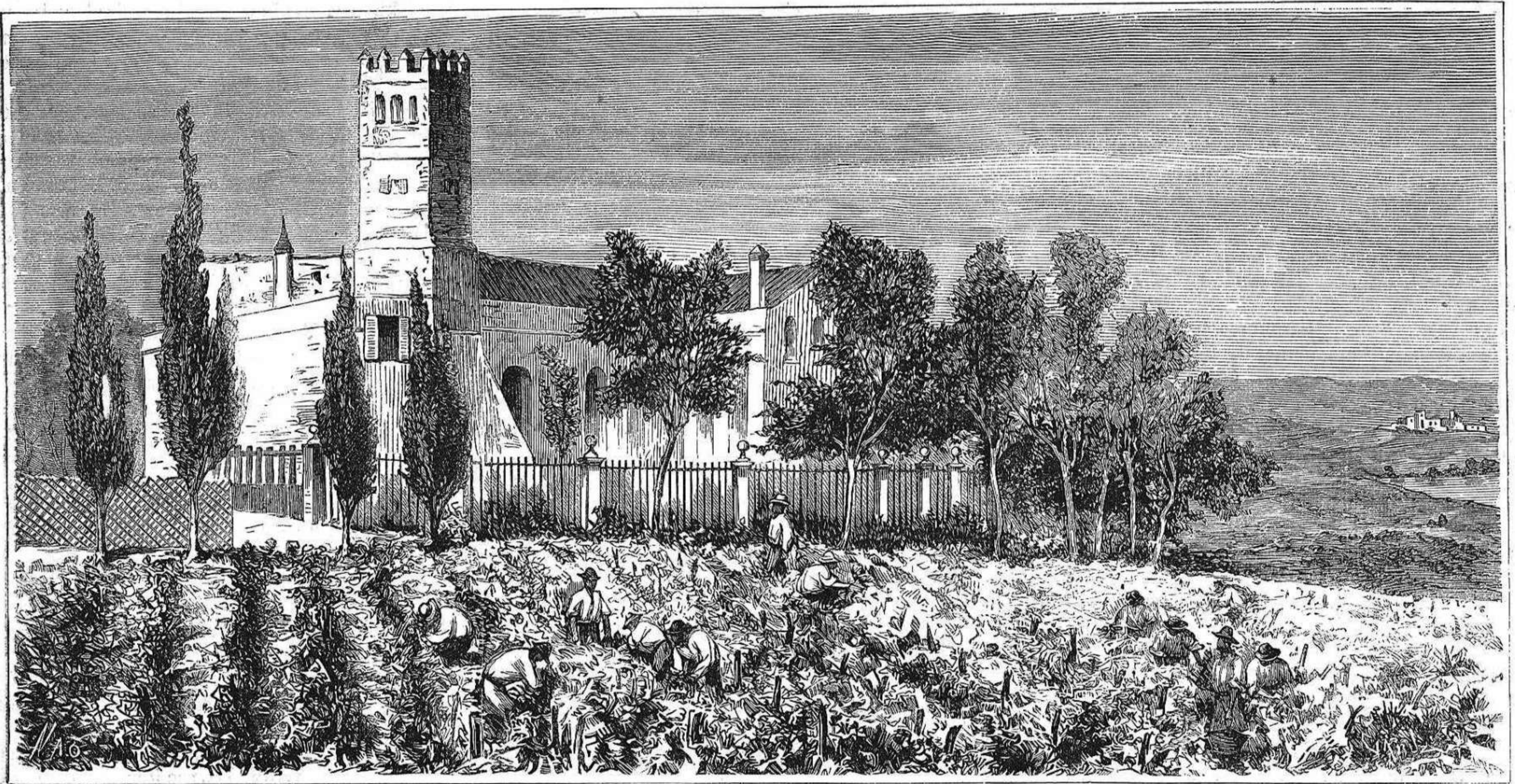
No hay familia antigua, sobre todo medianamente acomodada, que no lleve unida su historia solariega, por decirlo así, en Jerez, el Puerto y Sanlúcar, á alguna viña, la cual conserva y perpetúa poco ménos que eternamente su nombre. Aun aquellos poco felices á quienes las adversas vicisitudes de la fortuna les ha arrebatado sus hereditarias propiedades, oyen luégo en boca del

pueblo distinguir por su mismo apellido las fincas que un día constituyeron su perdida riqueza.

La viña ha sido, para cuantos hemos visto por primera vez la luz del sol en aquellos lugares de Andalucía, lo que fueron los castillos feudales para los señores de la Edad Media.

En cada piedra de la casa ha quedado escrito un episodio de nuestra vida. En cada arbusto, un recuerdo de nuestra niñez. En cada mata, un movimiento de nuestro espíritu. Allí se han desarrollado nuestras primeras inclinaciones, nuestros primeros instintos, las aspiraciones más nobles y los sentimientos de que más tarde, tal vez, hayamos tenido que arrepentirnos.

La historia de cada viña es la historia de las alegrías y de los dolores, de las desgracias y de las



MAJUELO DE HAURIE, HOY DE LA PROPIEDAD DE D. PEDRO DE DOMECC.

fortunas, de las vicisitudes, en fin, de la vida de sus propietarios.

El que escribe estos renglones, por ejemplo, como todos los que han pasado los primeros años de su vida en aquellas poblaciones de Andalucía, no olvidará jamás, cualquiera que sean las distintas fases de la vida con que el destino le haya ido sorprendiendo, aquella especie de gimnasio á un mismo tiempo de su organismo material y de su alma.

Entre las pocas alegrías que dejan tras de sí huella indeleble, se destaca en mi ánimo, sin duda, la del día de cada año en que mi buena madre, que ya no existe, me decía:—«Mañana nos vamos al campo.»—Un prolongado asueto, con todos sus atractivos, se presentaba ante mí, y una variedad completa de existencia hacía rebosar de júbilo mi corazón, que, como el de todos los niños, estaba siempre ávido de nuevas y desconocidas sensaciones.

Infantil orgullo sentía contemplando las naves de la bodega, ocupadas por tres hileras de botas, en cuyos embudos hervía oloroso el mosto, y al atravesar la *Cuadra de los lagares*, en que fornidos *pisadores* estripaban el dorado esquilmo, me creía un potentado.

Todas las mañanas, al levantarme, cuando el pavo real, ese monarca de azoteas y tejados había anunciado la salida del sol con su extraño graznido, mi primera ocupación era visitar, cual señor que pasea sus Estados, las distintas dependencias de la casa. El corral, con su árbol corpulento en el centro, á cuya sombra picoteaban el orujo las gallinas allí encerradas durante la vendimia; la cochinería, en que el mismo alimento preparaba al sacrificio á sus corpulentos huéspedes, cuya fugitiva existencia proporciona tanto bien al hombre;

y el carnero, que periódicamente me regalaban, todas las Pascuas de Resurrección, como á todos los muchachos en Andalucía, y cuya muerte empezaba á acostumbrar nuestros corazones á los desconocidos dolores que guarda siempre en un misterioso porvenir la humana existencia.

Uno de los sitios que ejercía más influencia sobre mi infantil imaginación era, sin duda, la *Cuadra de la gente*, adonde me estaba prohibido entrar, y á la cual hacía mis excursiones de contrabando para probar el sazonado alimento de los trabajadores, y charlar con el viejo casero, que me relataba, sentado cerca del fogarín, añejas historias de robos y valentías, que se fijaban en mi memoria, ya saturada por mi religiosa abuela de milagros, de aventuras maravillosas y de cuentos de encantadores.

En la viña en que yo me he criado, al ménos, la *Cuadra de la gente* era muy espaciosa. Una serie de estacas, simétricamente colocadas en sus muros, servía de sosten á las alforjas y al saco de lienzo que constituyen por lo común el equipaje de los trabajadores; al pié de cada estaca, una estera, formada por juncos, primorosamente recogida, guardando en su seno alguna que otra manta, ponía de manifiesto cuál era el lecho en que descansaban aquellos hombres vigorosos, entregados á las rudas faenas del campo.

En el extremo de aquella gran galería, una gran puerta, formada por cuatro ó cinco hojas, sujeta por fallebas de hierro, que sólo se abría los domingos ó días festivos, daba paso á un piadoso Oratorio, con sus cristales pintados de colores, en que se rendía fervoroso culto al Santo patrono de la viña, cuya advocación, en no pocas ocasiones, lleva aquella por nombre.

Desde la víspera del día festivo, alegre inquietud se apoderaba de mí, de mis hermanos y de los demás chicos, que ya fuesen hijos del capataz, del casero ó de cualquiera trabajador antiguo, pasaban con nosotros en el campo la vendimia, entrelazándose desde luégo nuestros corazones por los sólidos vínculos de una amistad, que no entibiaban entónces vanidades sociales, y que no han roto luégo las distintas misiones que cada uno ha tenido que cumplir en el mundo, haciéndose contagiosa en todos la alegría, que en ciertos años de la vida es compañera inseparable de la curiosidad y de las novedades.

La llegada del *costero* (1) era la explosión de nuestro contento. El repleto seron sobre que venía á mujeriegas montado, contenía de seguro en sus recónditos antros golosinas que iban á abastecer la alacena del comedor, tesoro encerrado de dichas inefables, en que de noche y de día teníamos fijo el pensamiento.

Brincábamos de júbilo al ver pasar delante de nosotros los canastos repletos de bollos de aceite con ajonjolí, de tortas de polvoron con grajea de colores, de alfajores de Medina cubiertos de finísima azúcar, de alpisteras de Chiclana en forma de flores, de mujeres, de soldados, de caballos, de perros, de lobos, de toreros y de toros, no sabiendo qué incitaba más nuestro deseo, si lo sabroso de la masa ó el placer de devorar de un solo bocado el capullo de una flor, las orejas de una liebre, la cabeza de una dama, la casaca de un militar ó la capucha de un fraile.

(1) Nombre que se da en esta parte de Andalucía á la persona encargada de llevar el consumo de los trabajadores, que se llama *costo*.



Y luego bajar á la caída de la tarde al majuelo, cuando los últimos rayos del sol doraban todavía las elevadas cumbres de los cerros vecinos, derramando dulce sombra por laderas y valles, entre cuyas nacientes vides se extiende cual tapizada alfombra, el cojumar con sus melones escritos, descendientes de las playas que el Guadalquivir abandona en sus caprichosos rodeos; con los amarillos, finos y olorosos hijos de los fértiles navazos de Sanlúcar de Barrameda, y los de capa jaspeada y suave de la renombrada Valencia.

El girasol melancólico dobla allí sus hojas á medida que la tarde adelanta, á cuyos piés se enredan las matas de calabaza, de sandías y las frondosas tomateras. ¡Cuántas veces contemplábamos recostados al pié del *Bienteveo*, especie de choza sobre cuatro corpulentos pitacos construida, á que da acceso una escalera de palos de pita también, las yeguas que volvían del agua á la era, del cortijo inmediato; las carretas con las doradas trojes pasando en correcta formación; la piara de vacas que la más liviana guía con el acompasado són de su cencerro, terminando la comitiva la borriquilla que conduce el hato; sobre cuyas puntiagudas ancas va subido, cantando, el chico del vaquero, y el corpulento mastin, fiel guardian y celoso centinela, cuyos roncados ladridos, en el silencio majestuoso de la noche, habian sembrado, más de una vez, el terror y el espanto en nuestros pechos!

Otras tardes nos quedábamos en el almiar jugando á los soldados, convirtiendo la gavillera donde se hacían los secos sarmientos, en fortaleza por nosotros ya atacada, ya defendida, mientras llegaban, de media en media hora, los vendimiadores á depositar sus tinetas llenas de maduro y escogido esquileo en los rededores con anterioridad simétricamente colocados.

Del 4 al 8 de Setiembre comienza generalmente la vendimia, época en que el capataz saca al campo 30 ó 40 jornaleros, dividiéndolos por lo común en dos cuadrillas de á 20 hombres en una viña de las dimensiones de la que hemos tomado por tipo, colocando al frente de cada cuadrilla un jefe que la dirige, especie de general de brigada, conocido con el nombre de capataz de *corbillo*.

Revisada la viña, y detenidamente inspeccionado por su capataz el estado de la cosecha, comunica aquél sus órdenes á los capataces de *corbillo* para que éstos se las trasmitan á sus respectivas cuadrillas, principiándose á vendimiar por los racimos más maduros, hasta llenar cada hombre su *tineta*, que es una especie de cubo cuadrado de media vara de alto, estrecho por su base, el cual, colmado, contiene poco más ó menos una arroba de uva. Cuando cada vendimiador tiene su tineta llena, hace el capataz de *corbillo* una señal para que lo coloquen en la cabeza, lo que llevan á cabo por cierto airoosamente y con gran desembarazo, y colocándose aquel el primero, los conduce por estrechas veredas al almiar, donde deposita cada uno su respectiva carga en un redor de esparto blanco, de una vara de diámetro, permaneciendo allí el fruto extendido bajo los rayos del sol el tiempo que necesita para ser llevado al lagar, donde ha de extraérsele el zumo.

De 50 á 60 redores componen una carretada de uva, ó sea la cantidad necesaria para llenar una bota de las que ordinariamente se usan de 32 arrobas de líquido de capacidad, por más de que sólo se deposite en cada una 30 arrobas, dejando para la fermentación dos de vacío.

Los lagares de las viñas de Jerez no son como la generalidad de los que hemos visto en los demás puntos de España. Están colocados, por lo común, en hileras, bajo una galería ó arcada, como ántes hemos dicho. Son siempre de madera, de forma cuadrangular, con cierta inclinación hácia adelante para facilitar la corriente del mosto, que sale por una piquera hecha en el mismo á una tina grande, no sin pasar por un canasto de mimbre para que el hollejo de la uva no caiga en la tina, de donde ha de ir á llenar las respectivas botas.

Cada lagar tiene en medio un husillo de madera de más de dos varas, el cual está atravesado por una viga de ocho dedos de grueso, una tercia de ancho y vara y tercia de largo, con dos fuertes maniguetas en los extremos. Taladrada esta viga en su centro, sirve de hembra al husillo, constituyendo

todo una prensa para extraer el mosto á la uva estrujada ya por los pisadores, con la cual se forma una especie de cono truncado alrededor del husillo, el cual se sujeta con una empleita, colocándose sobre su parte superior dos tablas en forma de tapadera, que dejan libre el paso del husillo. Cuatro palos, que se llaman *morrillos*, de media vara, y que encajan unos con otros, forman un cuadrado, sobre que baja la marrana que ha de pensar la uva así hacinada.

Dos trabajadores experimentados y fornidos se colocan á cada extremo en dirección contraria, se atan las muñecas con tiraderas de lienzo á las maniguetas de la viga; y preparados así, cogen el compás á la voz y tiran cada uno hácia atrás, ayudándose con el cuerpo, hasta reducir el pié de uva estrujada á las menores dimensiones posibles. La operación se repite tres ó cuatro veces, deshaciendo el pié entre una y otra, y rociando el orujo desde el segundo pié en adelante con una ó dos jarras de agua. El mosto que procede del primer pié, y aún del segundo, se llama *yema*. El procedente de hollejo, ya rociado, *aguapié*, y *apreton* el último.

Donde más de relieve se pone el carácter del pueblo andaluz, es en estas temporadas de campo, en que puede apreciarse, así su natural garbo y gentileza y su vigor para contrarrestar los rigores del clima, como la alegría perenne de que están dotados sus espíritus. En cada vendimia se hacen célebres siempre algunos trabajadores, ya por sus ocurrencias, ya por sus cantares, ya por sus danzas, ya por el vivísimo ingenio en la confección de pasillos y enredos, recitar de romances, composición de juegos y demás extraordinarios acontecimientos con que amenizan las noches, después de pasar las horas del día dedicados á un vigoroso trabajo.

Al contacto de aquellas naturalezas enérgicas, de aquellos rústicos ingenios, hemos sentido desarrollarse en nuestros pechos el primer afán de correr aventuras, y las nacientes aspiraciones del valor, que anuncian en la tímida organización del infante la presencia del hombre.

Allí hemos sentido desarrollarse en el fondo del corazón las nacientes inclinaciones del amor. — ¡Cuántas veces hemos arrancado con nuestras propias manos las rosas, los jazmines y los aromos para ofrecerlos al sér amado que, niña todavía, apenas se daba cuenta de nuestras preferencias, ni comprendía los móviles de nuestras inclinaciones! ¡Qué breves corrían aquellas tardes voluptuosas en que fabricábamos coronas de *suspiros* blancos, rojos, amarillos y morados, que adornaban luego los blondos cabellos de sus cabezas nítidas y esbeltas!

Allí hemos sentido nacer en nuestro organismo el culto á la propiedad, y cierta dignidad que trae siempre consigo.

En aquellas fincas tradicionales en las familias, hemos pasado, de la edad asustadiza de la niñez, á los bríos varoniles de la juventud. Nuestra memoria recuerda todos los detalles de este proceloso camino, desde la hora en que una abuela cariñosa, de cuyos labios aprendimos las verdades fundamentales de la religión revelada, nos señalaba en las primeras horas de la noche las hogueras en las cuales los cercanos labradores consumían la seca grama, los cardos y las biznagas que cubrían los terrenos que el arado iba á surcar, asustándonos con aquel fuego, que nos decía eran los *Toribios* á donde se llevaban los niños que no eran buenos, hasta el instante, para mí solemne, en que mi padre, alargándome la petaca, me dijo que fumase un cigarro en su presencia.

Con aquella vida campestre permanecerá eternamente mezclado en nuestra imaginación un mundo de sensaciones y de recuerdos. Los primeros rezos que ponen de relieve las aspiraciones infinitas del espíritu; la alegría natural de las vacaciones; el amor de la libertad, ingénito en la humana naturaleza; el deseo de saber, bajo la forma de curiosidad infantil; la robustez física, que transforma al niño en hombre; el valor, que nos lleva á despreciar los peligros; la agilidad, que nos hace domar la fiereza del caballo que años ántes causaba nuestro asombro; el instinto de la caza y el placer de apropiarnos los animales que vagaban libres por el espacio, y como complemento de la personalidad humana, la conciencia despertándose responsable de nuestras inclinaciones, de nuestros pensamientos y de nuestros hechos.

Para dar á los habituales lectores de EL CAMPO, aunque ligeramente, idea de estas propiedades agrícolas, acompaña á este mal hilvanado articulo la lámina de una de las mejores viñas, conocida vulgarmente con el nombre de *Majuelo de Haurie*, hoy de la propiedad de D. Pedro Domecq, situada en el Pago de Macharnudo, uno de los mejores de Jerez; viña notable, así por la excelencia de sus productos, como por sus verdaderamente extraordinarias dimensiones.

Tiene de extensión 470 aranzadas, de 2.000 cepas cada una, ó sea cerca de un millón de vides.

Produce, por lo común, de 800 á 1.000 botas de *yema*, cien de *aguapiés* y otras tantas de *apretones*.

La casa es magnífica, así la parte de habitación, como la dedicada á la faena y labores. Contiene veinte lagares, y tiene además otras dos buenas casas sucursales, llamadas una la de Ponce, con doce lagares, y otra la de Cerron, con ocho. Es decir, cuarenta lagares en servicio activo.

Se vendimia esta viña con cuatrocientos hombres, y en las labores de cava y demás del invierno se emplean en cada una más de mil.

En otro artículo nos ocuparemos de las bodegas en que se añejan los vinos de Jerez.

JOSÉ LUIS ALBAREDA.

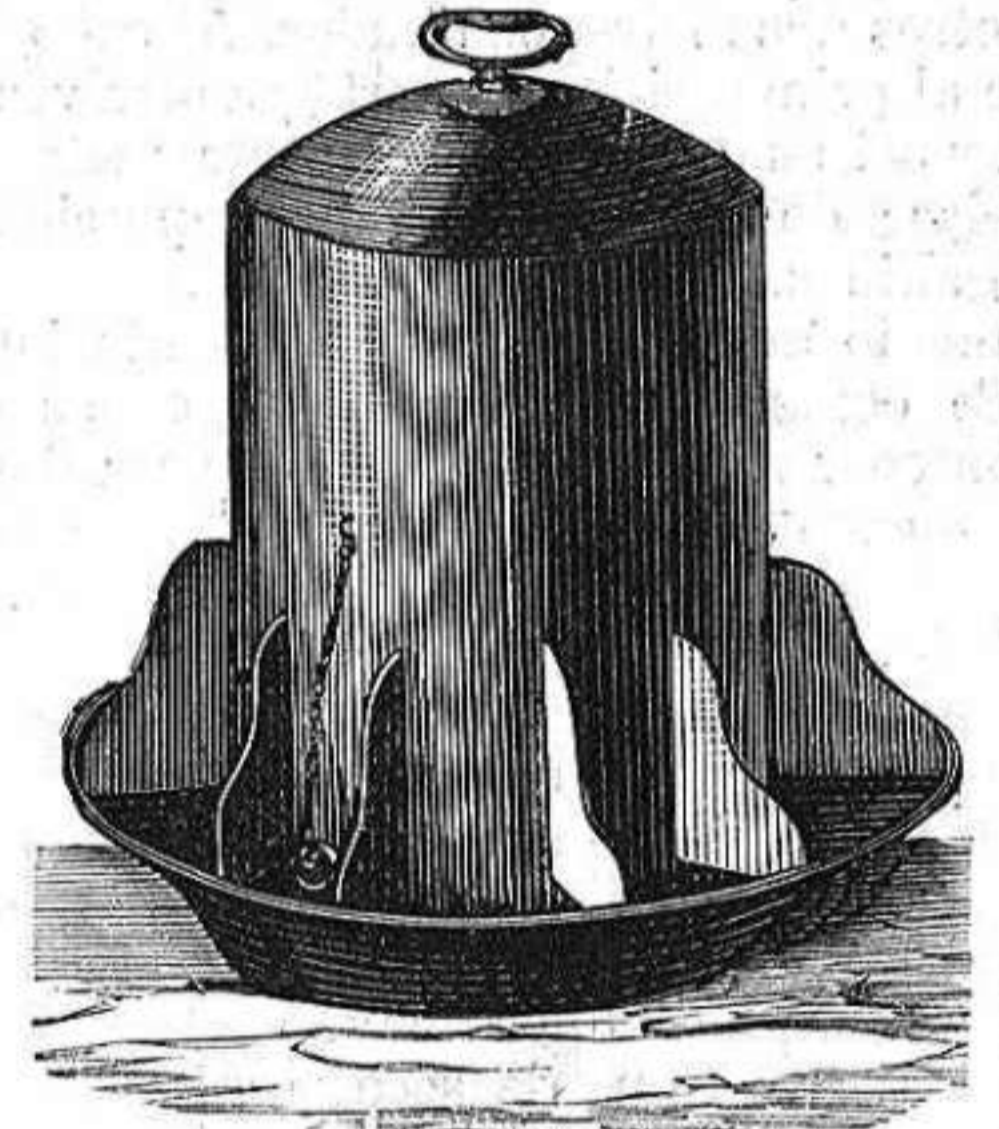
FISIOLOGÍA DE CORRAL.

GALLINÁCEAS.

VI.

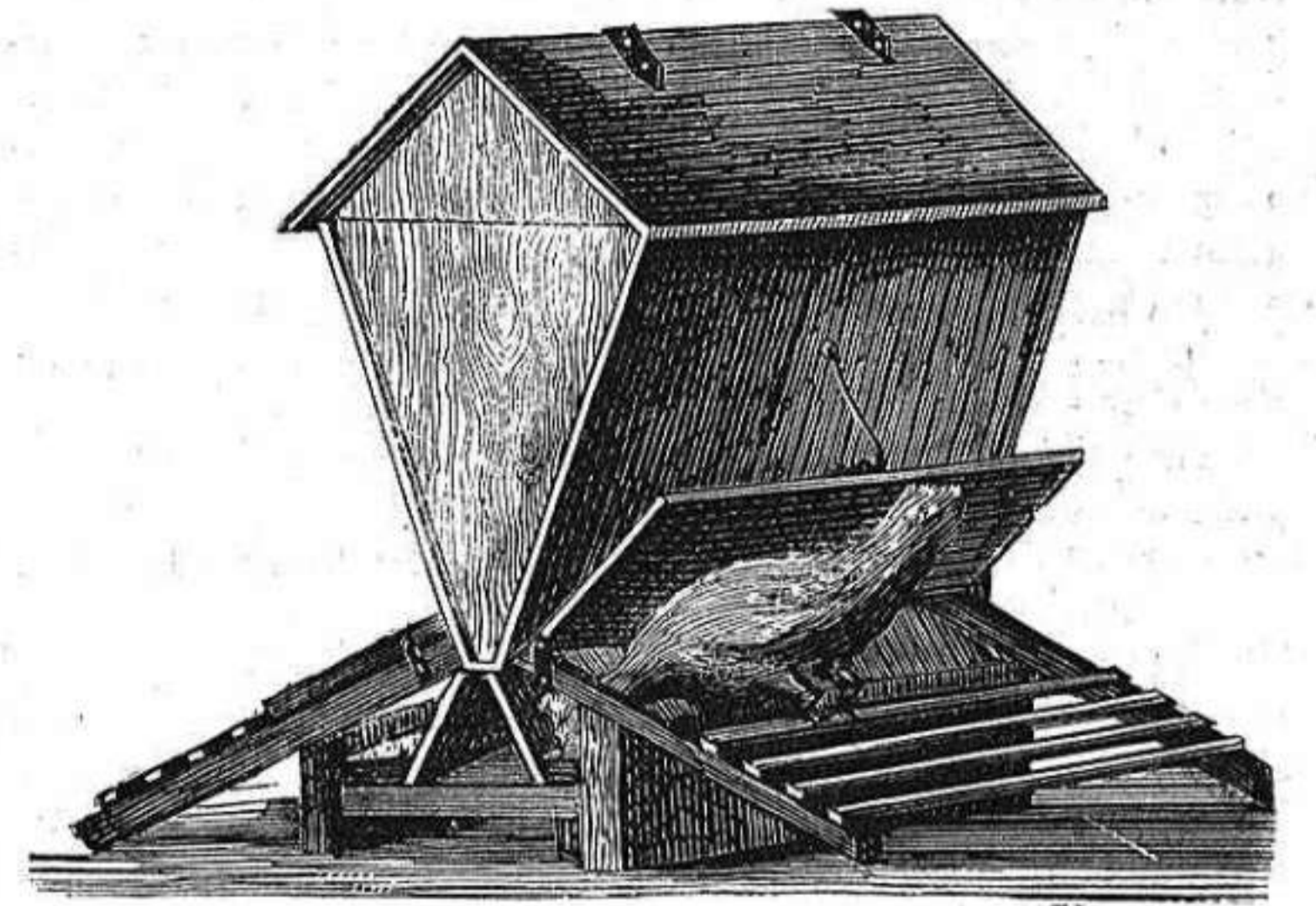
ALIMENTACION.

Hé aquí la cuestión capital en la crianza de gallina y el gran obstáculo contra el cual se estrellan la buena voluntad de unos y la errónea economía de otros; considerando los primeros que los alimentos de cierto precio ocasionan más pérdida que ganancia, y dando los segundos



BERBEDERO.

sin criterio razonado una misma alimentación á todos los habitantes del gallinero, sin tener en cuenta las diferencias de edad ni de *estado*. Ninguna dificultad presenta, sin embargo, el coordinar la excelencia de los productos y el buen estado de las gallinas con el interés de los criadores. Pero de éstos hay unos que se contentan con criar las aves sufi-



COMEDERO PERFECCIONADO, PARA GRANOS.

cientos para el consumo del grano perdido y los residuos de la casa, dándose por satisfechos con destinar á las gallinas un rincón cualquiera, donde ponen ó no ponen y donde se resguardan como pueden de la intemperie; otros crían todas las que pueden, para sacar de ellas el mayor producto posible. A todos conviene estudiar un sistema razonado para la alimentación: el que vamos á exponer es susceptible de modificación, según la localidad, el número de aves, el objeto especial que se proponga el que las cria, los medios que tiene á su alcance, etc., etc.

En la industria del corral: crianza de conejos, gallinas,













ma especie, ya de distintas, y en él esperan el grado de desarrollo necesario para el trasplante al tiesto *de asiento*, es decir, definitivamente. Plantados los esquejes, debe humedecerse la tierra con lluvia muy fina para que el agua no haga hoyos al caer, y luego se conservan al abrigo del sol y del viento durante el tiempo necesario para que enraicen los esquejes.

Para favorecer la aparición de las raíces, esto es, lo que más vulgarmente se llama *prender ó agarrar*, necesita el esqueje calor, luz y humedad. De la manera de utilizar á la vez y en justas proporciones estas tres cosas depende el buen éxito, y como nuestros lectores habrán observado en las quincenas anteriores, cuando lo consideramos oportuno, hacemos, á propósito de determinadas plantas, las prevenciones necesarias respecto á este punto. La luz, y no se entienda por esto el sol, que mataría el esqueje; la claridad ó la luz debe medirse proporcionalmente. Si la hay sobrada, el esqueje pierde más humedad de la que absorbe, se arruga, se seca y muere; si recibe poca luz, empobrece y no echa raíces.

De todos modos, si le falta humedad, muere; si la tiene con exceso, se pudre. Algunas observaciones hemos de hacer además acerca de las tierras; pero siendo éstas de aplicación general, dejamos el asunto para otro artículo.

F. B. N.

MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena de 13,75 á 14,50 pesetas arroba. El pan de dos libras, de

38 á 41 céntimos de peseta. El carbon, á 1,75 pesetas arroba. El aceite, de 16 á 18 pesetas arroba. El vino, de 6,50 á 10 pesetas. El trigo, de 12,18 á 12,29 fanega. Y la cebada, de 4,92 á 4,96 fanega.

CUADRADO DE PALABRAS.

Solucion de los cuadrados del número anterior.

I.  
R e t e s  
e l e n a  
t e l o n  
e n o j o  
s a n o s

II.  
C a n o v a  
a m i g o s  
n i ñ i t o  
o g i v a l  
v o t a d a  
a s o l a r

Para dar la solución en el próximo número.

I.

- 1.<sup>a</sup> Puede decirse ó se dice de un lugar poblado de cierta clase de árboles altos y hermosos, que dan una flor que huele muy bien.
- 2.<sup>a</sup> Pintor español famosísimo.
- 3.<sup>a</sup> Genio ó ser sobrenatural y fantástico.
- 4.<sup>a</sup> Apellido de dos personas, que recientemente han figurado mucho en España, uno en las armas y otro en las letras.
- 5.<sup>a</sup> Poeta lírico español de bastante mérito, que fué muy celebrado hará treinta ó más años.
- 6.<sup>a</sup> Lo que se dice ó puede decirse de ciertos animales cuando están bien provistos de algo que tiene bastante valor en el comercio y para la industria.

PROPIETARIOS.

D. J. Luis Albareda. — D. Abelardo de Cárlos.

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.<sup>a</sup>  
(sucesores de Rivadeneyra),  
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

ANUNCIOS.

CAMINOS DE HIERRO DEL NORTE Y DE TUDELA Á BILBAO.

VIAJES DE RECREO

DE MADRID Á SAN SEBASTIAN, SANTANDER Y BILBAO.

BILLETES DE IDA Y VUELTA

Á PRECIOS REDUCIDOS, VALEDEROS DURANTE 30 DIAS.

PRECIO DE LOS BILLETES DE IDA Y VUELTA.

	FERRO-CARRIL.	TESORO 7 Y MEDIO POR 100.	TOTAL.
	Reales.	Reales.	Reales.
2. <sup>a</sup> clase.....	160	12	172
3. <sup>a</sup> clase.....	120	9	129

SALIDA.

De Madrid para San Sebastian y Bilbao á las 8 y 5 minutos de la mañana, todos los lunes y juéves, desde el 2 de Julio al 3 de Setiembre, ambos inclusive.

De Madrid para Santander, á las 8 y 5 minutos de la mañana, todos los miércoles y sábados, desde el 4 de Julio al 5 de Setiembre, ambos inclusive.

VUELTA.

De San Sebastian, á las 8 y 40 minutos de la mañana, todos los miércoles y sábados, desde el 18 de Julio al 3 de Octubre, ambos inclusive.

De Bilbao, los mismos dias.

De Santander, á las once de la mañana, todos los lunes y viérnes, desde el 20 de Julio al 5 de Octubre, ambos inclusive.

IMPORTANTE.

Los portadores de billetes para San Sebastian pueden detenerse á la ida en Miranda, Vitoria, Alsásua, Zumárraga, Beasain y Tolosa.

Los que lo tengan para Bilbao, pueden detenerse tambien á la ida en Miranda.

Los que lleven billete para Santander, pueden detenerse tambien á la ida en Las Caldas, Torrelavega, Renedo y Boó. Al regreso no hay facultad para detenerse en ninguna de las Estaciones del tránsito.

ADVERTENCIA.

Los portadores de billetes de ida y vuelta tendrán derecho al transporte gratuito de 30 kilogramos de equipaje facturados, sin perjuicio de los que puedan llevar á la mano. Podrán regresar en cualquiera de los trenes especiales arriba indicados que lleguen á Madrid en el periodo de treinta dias, contados desde la fecha de salida.

Los que se detengan en Miranda, Vitoria, Alsásua, Zumárraga, Beasain, Tolosa, Las Caldas, Torrelavega, Renedo y Boó, tendrán la facultad de ir á San Sebastian, Bilbao y Santander respectivamente en el periodo que les corresponde por todos los trenes, excepto el expres; pero no podrán volver á Madrid sino por uno de los trenes especiales arriba indicados, ya sea que lo tomen en San Sebastian, Bilbao y Santander, ya en Tolosa, Beasain, Zumárraga, Alsásua, Vitoria, Miranda, Boó, Renedo, Torrelavega ó Las Caldas.

Estos billetes de ida y vuelta se expenderán y admitirán sólo para los trenes y dias indicados, y no conceden á sus portadores la facultad de detenerse en ninguna otra de las Estaciones del tránsito que las expresadas, ya sea para continuar despues ó regresar por otros trenes.

Los niños de tres á seis años, y los militares y marinos, no tendrán derecho á medios billetes con arreglo á los precios reducidos arriba expresados: pueden optar entre pagar este precio reducido como los viajeros ordinarios, ó tomar medio billete al precio de tarifa general.

Los billetes se expenderán en el Despacho central, Puerta del Sol, núm. 9, y en la Estación del ferro-carril del Norte, Príncipe Pio.

Se recuerda al público que existe un servicio especial entre San Sebastian y Bayona y vice-versa con billetes de ida y vuelta á precios reducidos los dias de mercado en Bayona, cuyos detalles se dan por carteles especiales.

Se vende un caballo «hunter», capon, alazan, de seis á siete dedos, traído de Inglaterra, donde costó 20.000 rs., y ya aclimatado.

Es un bonito caballo, propio para una persona que pese de ocho á nueve arrobas, capaz de resistir todo un dia de caza, y sano, pudiendo enseñarse el certificado del veterinario. La persona que lo compró desea enajenarlo, por tener que ausentarse, y lo dará por algo menos de lo que costó. Si alguna persona desea más informes y noticias, puede dirigirse al Director de EL CAMPO, en Madrid.

DICCIONARIO DOMÉSTICO.

TESORO DE LAS FAMILIAS

Ó REPERTORIO UNIVERSAL DE CONOCIMIENTOS ÚTILES.

Contiene más de 4.000 fórmulas, preceptos ó recetas de fácil ejecucion sobre las materias siguientes: *Labranza*, ó cultivo de los campos.—*Horticultura*, ó labor de las huertas.—*Floricultura*, ó jardinería.—*Arboricultura*, ó cultivo de los árboles.—*Clasificación* botánica de las plantas y sus virtudes medicinales.—*Crianza*, ó cebamiento de animales.—*Administración* rural ó económica agrícola; todo en cuanto se ha podido para dar nociones seguras capaces de dar una idea exacta de la agricultura, como ciencia y como arte.—*Conservación* de las carnes, granos, legumbres, frutas y toda clase de provisiones alimenticias.—*Preparación* de dulces; conservas de frutas, mermeladas, chocolate, café, té, limonadas, jarabes y ponches.—*Arte* de hacer el pan, los vinos, la sidra, cerveza y toda clase de bebidas económicas.—*Manual* práctico de la cocina española, francesa, italiana y americana; el de la pastelería, repostería y toda clase de licores.—*Cuidados* que exigen la bodega, el corral, las aves domésticas, los pájaros enjaulados y toda clase de animales domésticos.—*Reglas* prácticas acerca de la caza y pesca, con nociones sobre los derechos de los propietarios y del público consignados en la ley.—*Conservación* de la ropa de uso, de las telas, muebles, efectos de menaje y destruccion de insectos dañosos.—*Arte* de lavar y planchar la ropa blanca.—*Preparación* de todos los artículos de perfumería y tocador.—*Instrucciones* teórico-prácticas de química y física recreativa, y de pirotécnica civil, ó arte de hacer fuegos artificiales.—*Los meses* del año con preceptos de higiene, de economía doméstica y rural, y productos culinarios. Redactado por D. Balbino CORTES y MORALES, cónsul de primera clase. *Cuarta tirada*. Madrid, 1877. Un magnífico tomo en 4.º de 2.288 columnas, 20 pesetas en Madrid y 22 pesetas y 50 cént. en provincias, franco de porte.

**Advertencia.** Esta *cuarta tirada* constará de 7 cuadernos de á 10 pliegos cada uno (160 páginas, 320 columnas), y saldrá con regularidad uno cada mes. Precio de cada cuaderno: 3 pesetas en Madrid y 3 pesetas y 25 cént. en provincias, franco de porte.

**Se han publicado los cuadernos 1.º, 2.º, 3.º y 4.º**  
Se autoriza á todos los libreros, almacenistas de papel y administradores de Correos para recibir suscripciones á tan importante obra.

Se halla de venta en la librería extranjera y nacional de D. Carlos **Bailly-Baillière**, plaza de Santa Ana, número 10, Madrid.—En la misma librería hay un gran surtido de toda clase de obras nacionales y extranjeras; se admiten suscripciones á todos los periódicos, y se encarga de traer del extranjero todo cuanto se le encomiende en el ramo de librería.